BIBLIOTECA
LIRICO-DRAMÁTICA

MÁRTIRES
DE LA
LIBERTAD

MELODRAMA EN CUATRO ACTOS Y CINCO CUADROS

ORIGINAL DE

D. ANGEL POVEDANO Y VIDAL

Estrenado con extraordinario aplauso en el Teatro de NOVEDADES, de Madrid, en la noche del 23 de Febrero de 1885

4

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1885

MÁRTIRES DE LA LIBERTAD

MÁRTIRES DE LA LIBERTAD

MELODRAMA

EN CUATRO ACTOS Y CINCO CUADROS

ORIGINAL DE

D. ANGEL POVEDANO Y VIDAL

Estrenado con extraordinario aplauso en el Teatro de NOVEDADES, de Madrid, en la noche del 23 de Febrero de 1885

MADRID: 1885.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

717100

PERSONAJES	ACTORES
Grabalotte (pilluelo).....	Sra. Hijosa.
Luisa Bernad.....	Srta. Campini.
Catalina.....	Sra. Alverá.
Julia.....	Srta. Alvarez.
Gaspar.....	Sr. Morales.
Roberto.....	» Gonzalez.
Jorge.....	» Venegas.
Beltran (voluntario).....	» Verdier.
Gerónimo (Agente de policía)...	» Corcuera.
Fermin (idem).....	» Piñeira.
Antonio.....	» Guzman.
Caballero 1.°.....	N. N.
Idem 2.°.....	N. N.

Pueblo, soldados, agentes de policía, presos de ambos sexos.

La accion, en París: año de 1870.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie, sin su permiso, podrá ponerla en escena.

Los representantes de la Biblioteca lírico-dramática *de D. Enrique Arregui, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.*

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Dolores:

Por si esta produccion, hija de mi pobre ingénio, á consecuencia del fallo que ha merecido del público, y de la unánime opinion de la prensa, que ha colmado con exceso mis modestas aspiraciones, lograse alcanzar sobrevivirnos, consigna en esta página tu nombre, como un recuerdo imperecedero, tu amante esposo

El Autor.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/mrtiresdelaliber00pove

ACTO PRIMERO

Plaza: á la derecha, primer término, casa de humilde apariencia: á la izquierda un café: en el centro fuente. Al levantarse el telon cruzan la escena grupos de hombres del pueblo; otros están parados, formando corros, á la puerta del café.

ESCENA PRIMERA.

BELTRAN.—GRABALOTTE.—PUEBLO.—Despues ROBERTO.

GRAB. (Gritando.) El extraordinario! El extraordinario á las noticias, por dos sueldos!... (Algunos de los hombres del pueblo compran el papel.)

BELT. (Llamando.) Eh! Chico! Pillastre! Qué es eso?

GRAB. Las noticias de hoy, mi general.

BELT. Y qué hay de nuevo?

GRAB. No sé; yo vendo el papel, mas no le leo.

BELT. Haces mal.

GRAB. Al contrario; hago muy bien; ó mejor dicho, no puedo hacer otra cosa; me estorba lo negro.

TODOS. Já, já!

GRAB. Sí, sí; reíos: de cada diez de vosotros, á nueve y medio les sucede lo propio; y sobre todo, yo, por lo ménos, no engaño al público, como lo hacen la mayoría de mis colegas. Nada, si quereis saber las noticias, aquí está el extraordinario; por dos sueldos satisfaceis vuestra curiosidad.

BELT. Dame acá, parlanchin, y veamos eso. (Le da una moneda.)

GRAB. Tomad.

BELT. Hola, hola! Por lo que veo hay grandes novedades.

UNO. Del ejército?

OTRO. Se ganó alguna batalla?

BELT. No. Parece que se ha descubierto otra nueva conspiracion.

GRAB. Una conspiracion! Qué estúpido soy! Vender eso por dos sueldos!... (Gritando.) El extraordinario á las noticias con el descubrimiento de la gran conspiracion; sólo cuesta tres sueldos: quién quiere otro?

BELT. (Leyendo en un corro.) «No habiéndose encon»trado los cómplices del general Bernad, fusi»lado como verdadero espía de los prusianos, y »teniendo el Gobierno la seguridad de que aún »se hallan en París, ha dispuesto que toda per»sona en cuya casa se encuentre alguno de aquéllos, será perseguida, presa y juzgada por »el consejo de guerra.» (Rumores entre los del pueblo.)

GRAB. Ah! entonces es la cosa más importante de lo que yo creia... (Gritando.) El extraordinario, con el nuevo decreto, con las nuevas determinaciones, á causa de la nueva conspiracion... Quién quiere uno por cuatro sueldos?

ESCENA II.

DICHOS.—ROBERTO, que sale del café con un periódico en la mano. Le siguen dos caballeros.

ROB. Es una excelente y sábia medida.

CAB. 1.º Muy provechosa y útil á la patria.

CAB. 2.º (Con intencion.) Y muy digna sobre todo del paternal Gobierno que nos rige.

BELT. (Acercándose.) Se puede saber de lo que se trata, amigo Roberto?

ROB. No es ningun misterio. De la recompensa prometida por el Gobierno de la regencia, á los que entreguen ó delaten á los conspiradores.

CAB. 2.º (Aparte al primero.) Sean ó no verdaderos, no es cierto?

BELT. Cómo! Y habrá quien se atreva á aceptar?

CAB. 1.º Ya lo creo! Cuando se trata de la salvacion de la patria...

CAB. 2.º (Con ironía.) Todos los medios son buenos.

ROB. (A Beltran.) Dudarias tú?...

BELT. (Indignado.) Yo?... Esa pregunta no se hace á un soldado hijo del pueblo, que por nada del mundo seria espía, ni soplon!

ROB. (Bueno es saberlo.) (Todos ménos Beltran se retiran á la puerta del café.)

GRAB. Bravo! Viva el militar! Viva el pueblo! y, viva yo!... (Gritando.) El extraordinario que acaba de salir ahora!

ESCENA III.

LOS MISMOS.—CATALINA.—JULIA.

CAT. Julia, hija mia, ven. Aquí tenemos á nuestro amigo Beltran, y tal vez nos pueda decir...

BELT. (Con alegría.) Julia.

JUL. (Con frialdad.) Beltran.

BELT. Buenas tardes, señora Catalina.

CAT. Muy buenas. Habeis visto por aquí á mi señor marido?

BELT. No señora, no le he visto.

GRAB. De quién hablais? Del señor Gaspar? Debe hallarse en los jardines del Palacio Real; si deseais...

JUL. Oh! Gracias, Grabalotte, gracias, no es necesario; nosotras le encontraremos.

GRAB. Como gusteis. (Saludando militarmente á Beltran.) A la órden. (Gritando.) El nuevo extraordinario qne acaba de salir ahora, con la nueva conspiracion. Seis sueldos vale, nada más que seis sueldos. (Vase.)

JUL. Vamos, madre mia?

BELT. Julia! Parece que huís de mí!

JUL. Yo?... No tal.

CAT. Huir! Y por qué?

BELT. No me lo explico, mas lo cierto es que de algun tiempo á esta parte, no es la misma para conmigo.

CAT. Estais engañado, mi buen Beltran.

BELT. Oh! No! No lo estoy! Hubo una época en que vuestra hija no esquivaba encontrarse con su compañero de la infancia. Más aun; cuando cambié mi humilde y honroso traje de carpintero por el glorioso uniforme de soldado voluntario, y partí para el ejército, se mostró satisfecha al conocer mi patriótica determinacion; pero al mismo tiempo demostraba la más cariñosa y viva inquietud en que me podia ver envuelto, y por el temor de que no volviese, como otros tantos. Hoy, todo ha mudado! Hoy, que por haber sido herido, obtuve una licencia, esperaba que ella me recibiese con aquella tierna solicitud...

CAT. Hoy sois amigo íntimo de Roberto; de ese hombre, á quien detestamos con toda el alma, y no es extraño...

BELT. Es vuestro primo.

CAT. Verdad; pero es un intrigante, un miserable, que vendiendo hoy á los unos, mañana haciendo traicion á los otros, ha llegado á ser, y es en la actualidad, secretario íntimo del Prefecto de Policía.

BELT. Señora Catalina, eso es un pretexto; prefiero la franqueza, y que me dijérais que la adversion de Julia, proviene de ese Andrés...

JUL. (Cielos!)

BELT. De ese hombre que habeis recogido en vuestra casa; de ese fingido carpintero...

JUL. (Con inquietud.) Cómo! Suponeis?...

BELT. Sí; se quiere hacer creer que ese jóven fué herido al caer de un andamio; pero hay quien asegura tambien, que la herida la recibió batiéndose contra el pueblo, por defender al General Bernad, jefe del partido liberal, y acusado por sus miserables adversarios, como espía de los prusianos; mas no seré yo quien afirme lo uno ni lo otro.

CAT. Señor Beltran, estais en un error. Julia es vuestra prometida, y no teneis razon alguna para suponer nada; las atenciones, los cuidados que en mi casa se dispensan á ese jóven, son los que se deben tener con aquellos á quienes el peso del infortunio hace desgraciados; y vos, que sois un artesano honrado y generoso, estoy segura que obraríais de la misma manera que nosotros, si no os cegase...

BELT. Decid más bien, si no viese palpablemente... si no creyese que...

CAT. (Con cariño.) Sois un celoso, un visionario.

BELT. Pero...

CAT. Nada, nada. No se hable más de ello. Y ahora, con vuestro permiso, Beltran, vamos á ver si tropezamos con mi marido.

BELT. (Deteniendo á Julia.) Julia! Una palabra! Decidme que no tengo razon! Que oiga yo de esos divinos labios que vuestro corazon es mio, que no amais á otro... que... callais?

JUL. Recordad que no os prometí nunca otra cosa que obedecer ciegamente la voluntad de mis padres! Esto os prometí, y esto os juro que lo cumpliré! (Vanse por la derecha.)

ESCENA IV.

BELTRAN.—A poco GRABALOTTE.

BELT. Ah! Lo comprendo todo. No me ama! No me amó jamás! La repugnancia que hoy observé en ella al oir mis promesas de amor y de cariño, nunca las advertí; al contrario, siempre encontraban su recompensa con una sonrisa, una dulce mirada, una...

GRAB. (Que ha entrado un momento antes, se acerca y dice con tono dramático.) Oh! Las mujeres! Las mujeres!

BELT. Eh?

GRAB. Nada! Soy yo! Es decir, nadie! Os veo triste, y lamentándoos de una mujer, y recordé lo que de ellas oí decir á un veterano, muy conocedor

del mundo. Desdichado de aquél que se fie de sus palabritas de miel, de sus caritas risueñas; y, sobre todo, de sus tiernas miradas! Sí; porque mirándonos llegan fácilmente á nuestro corazon, se acomodan en uno de sus rinconcitos, así como quien dice: «No os molesteis por mí; yo no soy exigente;» pero luego, extendiéndose poco á poco, acaban por invadirlo todo, y llega un dia en que se apoderan de nuestra alma, de nuestros pensamientos y hasta de nuestra existencia, haciéndonos sus esclavos! Yo apuesto á que esta es vuestra historia; la historia de todos.

BELT. Ah! sí, esa es! Pero yo juro que me vengaré! Desgraciado de aquel que me roba su cariño! (Se pasea agitadamente por la escena.)

ESCENA V.

DICHOS.—ROBERTO.—Despues GASPAR.

ROB. Eh! Qué es eso, amigo mio? Qué ocurre? Estás agitado.

BELT. Apropósito; tú me has ofrecido muchas veces que, si en algo podia servirme tu influencia, estabas pronto á ejercerla en favor mio.

ROB. Así es.

BELT. Pues bien, ha llegado ese momento.

GASP. (Dentro.) Quién quiere limon! Al rico limon!

ROB. Y bien?...

BELT. (Interrumpiéndole.) Calla! Cuándo podré verte?

ROB. Mañana.

BELT. Dónde?

ROB. En mi casa.

BELT. Hasta mañana, pues... (Vase.)

GASP. (Saliendo.) Quién quiere?... Hola? Está por aquí el primo Roberto? Se tratará de política?... nada más natural; y tambien lo estaba Beltran... eso no me admira, los buenos amigos... más cualquiera diría que he venido á estorbar...

GRAB. (Acercándose.) Hola! Tio Gaspar.

GASP. Calla! Grabalotte!

GRAB. Venga un vaso de limon.

GASP. Volando, hijo mio! (A Roberto.) Y, qué tenemos, señor secretario? Pegamos, ó nos pegan?

ROB. Eh!

GASP. Nada, hombre; pregunto sencillamente si vencemos ó somos vencidos.

ROB. Pero de un modo...

GASP. Muy natural, y con la ansiedad é interés propios de todo aquel que tiene en mucho la honra de su patria, y desea saber...

ROB. El Gobierno prohibe que se tenga curiosidad y se hagan esas preguntas. El Gobierno desea que se tenga confianza.

GRAB. El Gobierno... (Bebe.) Pero, qué demonios es esto? Parece que me ahogo. Pues está limpia vuestra limonada! Un pedazo de suela.

GASP. El Gobierno prohibe que seamos curiosos, hijo mio; el primo Roberto lo ha dicho. Además, como era el último vaso...

GRAB. Ya se vendió toda?

GASP. Dos veces.

GRAB. Y cuánto sacais de cada garrafa?

GASP. Dos francos.

GRAB. Dos francos? Qué fortuna! Mañana cambio de oficio.

ROB. (Este chico es listo, y por él tal vez...) Si quieres, yo puedo proporcionarte una buena colocacion.

GRAB. Sí?

ROB. Sí.

GASP. (Pues... de espía.)

GRAB. Y cuándo?

ROB. Dentro de una hora preséntate en la Prefectura y pregunta por mí.

GRAB. No faltaré.

ROB. Adios, Gaspar... (Vase.)

GASP. (Siguiéndole.) Adios, primo! Adios, señor secretario particular del señor... etcétera, etcétera, etcétera, etcétera...

GRAB. Conque tanto produce la limonada?

GASP. Pichs!... Así, así... menos mal. Como nunca faltan bebedores... y como, por otra parte, es la

única bebida que no altera la salud, ni hace perder la razon...

GRAB. Como el agua!

GASP. Justo; lo mismo. (Llenando la garrafa en la fuente.) Es la bebida de los niños, de los mozos y de los viejos, de los sábios, de los tontos...

GRAB. Acabé! Tomad vuestro vaso, yo no creo pertenecer á esa última clase, pero ya bebí adelantado. Cuánto es?

GASP. Cuatro sueldos.

GRAB. (Le entrega uno de los extraordinarios.) Dadme la vuelta.

GASP. Cómo es eso?

GRAB. Muy sencillo. La limonada ó agua súcia... como querais... vale, segun vos, cuatro sueldos.

GASP. Así es.

GRAB. Pues bien, mis noticias...

GASP. Falsas y súcias tambien!

GRAB. Concedido. Las vendo á seis; por consiguiente, restan dos, que me sois en deber. Mañana volveré á refrescar.

GASP. Mil gracias por el favor, señor banquero en ciernes. Guarda tus noticias, pues prefiero obsequiarte con el vaso de limonada. Vienes?

GRAB. Andando. (Gritando.) El extraordinario que acaba de salir. (Vanse los dos.)

ESCENA VI.

LUISA, seguida de ROBERTO.—Despues GASPAR.

LUISA. (Dios mio, qué fatalidad! Mi tenaz perseguidor; el hombre que...)

ROB. En vano procurais huir, y ocultar el rostro; os he conocido.

LUISA. Caballero, estais equivocado; sin duda me confundís con otra persona... yo no os conozco...

ROB. Bien segura estais de que no me engaño.

LUISA. (Dios mio!)

ROB. De que no es esta la primera vez que nos encontramos.

LUISA. (Qué hacer?)

ROB. Y ya debiérais comprender cuánto os he buscado, desde que tuve la desgracia de perder vuestras huellas.

LUISA. Caballero... yo... dejadme!

ROB. Es inútil que hagais esfuerzos por disimular, ni por evadiros á mi persecucion! Os veis huérfana, sola, abandonada de todos; y es indispensable que esto termine!... Una palabra, responded... aceptais mi amor?

LUISA. Jamás!!

ROB. (Con rabia.) Ah!

LUISA. Yo no os conozco; no quiero conoceros. Vuestra tenaz persecucion me es odiosa, me ofende; á pesar de estar huérfana, sola, abandonada de todos, como decís, me dejaría matar cien veces, antes que aceptar ese amor, ofrecido por un hombre que no puede inspirarme sino odio, aborrecimiento y desprecio!

ROB. (Lanzándose sobre Luisa, y cogiéndola por las manos.) Ira de Dios!

LUISA. Piedad!... Socorro!

GASP. (Que ha salido un momento ántes.) Ah!

ROB. Silencio! Me amais?

LUISA. (Con mucha enorgía.) No, y mil veces no!

ROB. Pues bien, me seguirás por fuerza (En el momento en que Luisa es arrastrada por Roberto para que le siga y forcejea con ella, se interpone Gaspar y los separa.)

GASP. Villano! Así se trata á una mujer! Qué veo!!

ROB. Gaspar.

GASP. Ah! Eres tú, Roberto? No te había conocido!... dispénsame. Veo, señorita, que sois bien difícil de contentar, cuando despreciais así á un mancebo tan elegante, tan cumplido, y tan caballero con las damas!

ROB. Qué significa?...

GASP. Sí, primo mio, sí. (A Luisa.) Está visto que vos no le conoceis; si le conociérais, hubiéseis comprendido cuán mal habeis hecho en no darle oidos... y estoy bien seguro que su conducta noble y generosa, y sus buenas maneras, hubieran acabado por resolveros á darle crédito, á amarle, y hasta adorarle con locura.

ROB. (Con ira.) Gaspar!

GASP. Sí, primo, sí. (A Luisa.) Despues es un hombre dotado de cierta superioridad de ideas, que le colocan por encima de esas nécias preocupaciones que nos obligan, á nosotros los nécios, á impedir que se insulte y se maltrate á una doncella...

ROB. Qué quieres decir?

GASP. Y á obligar que se respete el honor de la virtud.

ROB. (Fuera de sí.) Voto al...

GASP. (Con calma.) No es así, señor secretario íntimo?

ROB. Juro que te has de acordar, miserable!

GASP. Sí, querido primo, sí... (Canalla!) (Rumores dentro.)

ROB. (Con un movimiento de cólera.) Oh! (Luisa se dirige hàcia la casa.)

GASP. No entreis; vais á descubrir vuestra morada.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—GRABALOTTE.—JULIA.—CATALINA.

GRAB. (A Julia y Catalina.) No os lo dije? Vedle aquí. (A Roberto.) Noticias, noticias fresquitas que he cogido al vuelo, en la misma prefectura, donde fuí á esperaros.

JUL. Padre!

CAT. Al fin hemos podido encontrarte!

ROB. Habla! Esas noticias?...

GASP. (A Julia y Catalina.) Esperad. (A Grabalotte.) De qué se trata?

GRAB. Pues de una friolera; que á más de prender á todos los que den, ó hayan dado asilo á los conspiradores, acusados como agentes de los prusianos...

LUISA. (En segundo término, apoyada en el bastidor.) (Dios mio!)

JUL. (A Catalina.) Habeis oido?

GRAB. Se trata de una lista de las personas condenadas á muerte!

LUISA. }
JUL. } Oh!
CAT. }

GASP. (Y ella aquí!)

ROB. Con efecto, existe esa lista; (La saca del bolsillo.) aquí la teneis; hecha por mí, y encabezada con el nombre del capitan Jorge Bernad, sobrino del general, ya difunto.

LUISA. (Ocultándose.) Jorge!

CAT. (A Julia, que quiere hablar.) (Silencio, por Dios!)

ROB. (Observándolos.) (Esa turbacion... Aquí se oculta un misterio que es preciso descubrir. Oh! No los perderé de vista!) Sígueme, Grabalotte. (Vase izquierda.)

GRAB. (Mirándole.) Al punto, señor!... (Parece que no les hizo gracia la noticia... si estos serán... Bah! no puede ser!) Tio Gaspar!

GASP. (Sobresaltado.) Qué hay?

GRAB. Nada, que corro á tomar posesion de mi nuevo empleo, y no olvideis que, aunque llegue á Mariscal, siempre seré vuestro acreedor y vuestro amigo! Ejem... He dicho algo? (Vase precipitadamente por la izquierda.)

ESCENA VIII.

CATALINA.—JULIA.—GASPAR.

GASP. (Queriendo aparecer alegre.) Y bien, pichonas mias, vamos á ver, qué me quereis?

CAT. Quién?... Ah!... nosotras? Pues no lo sabes?

GASP. Dinero; no es así?

CAT. Te admiras?

GASP. Yo?... Qué disparate! Es la costumbre... Veamos lo que tenemos aquí. (Registrándose los bolsillos.)

CAT. Recuerda que nada dejaste al salir de casa...

GASP. Ya sé, ya sé... (Mirando hácia la derecha.) (Si llegase á oir la otra!...)

CAT. No seria extraño que olvidaras eso tambien. Vas olvidando tantas cosas!...

JUL. Madre!

GASP. (No, no callará.) Aquí tenemos dos francos. (A Julia.) Toma, chiquita, toma tú, que eres la tesorera, y hasta luego...

CAT. Sí; toma, toma todo ese capital: dos francos para sustentar á tres personas... al ménos no pecarán de glotones ni de expléndidos... Y si no fuera por tí, pobre niña; por tí, que!...

GASP. (Alarmado.) Cómo! Mi hija! Qué quieres decir?

JUL. (Vivamente.) Nada; no es nada!

GASP. Pero...

JUL. Bien sabeis, madre mia, con cuánto placer, con cuánto afan trabajo por ayudar á mi padre! Muy poco en verdad para lo que yo deseo; mas si él no se opusiese...

GASP. Yo? no me opongo á nada. (Mirando á la derecha.) Haz lo que quieras, pero... (No se crean!...)

CAT. Eso es: tu padre dice bien! Es muy justo que trabajes, que le ayudes... Hubo un tiempo en que no pensaba así, en que no queria que su Julia, su hija única, trabajase como una negra...

GASP. Yo no he dicho eso. En otro tiempo ganaba yo mucho más de lo que gano ahora... Y cuando sólo doy dos francos, es por la sencilla razon de que no tengo más.

CAT. O porque necesitas del resto para tus vicios.

GASP. Cómo?

CAT. Para gastarlo de noche con tus amigos.

GASP. Yo? Es decir que yo...

JUL. (Interceciendo.) Madre!

CAT. Eres dueño de hacer lo que te acomode; mas quiero recordarte solamente que de un mes á esta parte pasas las noches fuera de casa ó te recoges muy tarde; que ya no tienes para nosotras aquellas afecciones, aquella ternura que nos hacia tan felices.

GASP. Pero, mujer...

CAT. Ya no eres aquel Gaspar; aquel padre cariñoso, que, despues de la ruda fatiga del dia, entraba de noche en su pobre morada, contento, satisfecho, buscando á nuestra idolatrada hija, en cuyo regazo depositaba, no una parte, sino todo el

producto de la venta, juzgándose pródigamente recompensado con un beso de esa hija, y con las bendiciones de su mujer. Hoy, todo ha cambiado. Hoy...

GASP. Hoy, Catalina, no sabes lo que dices, y estás ofendiendo á tu viejo Gaspar, con esas injustas suposiciones. (Abrazando enternecido á su mujer y á su hija.) No amar yo á mi esposa? No adorar á nuestra hija, á mi hermosa Julia? Vive el cielo!... que...

JUL. Pa dre!

GASP. Es verdad! Soy un insensato en tomarlo sériamente. Nada, nada; alegría, y dejémonos de decir y hacer necedades. Es tarde y aún deseo vender. (A Catalina.) Anda, viejecita mia; anda rabiosilla, que ya vendrán tiempos mejores!

CAT. Sí, sí... los hombres... cuanto más viejos... Vamos, hija, vamos.

JUL. (Besando la mano á Gaspar.) Adios, padre mio! (Vanse.)

ESCENA IX.

GASPAR.—Despues, LUISA.

GASP. Dudar de mi cariño! Suponer que yo no las amo!.., Esto me ha causado una impresion... casi me hizo llorar.. á mí, á un antiguo soldado!... Pero, no; es preciso que yo cumpla hasta el fin mi mision. Y en verdad que olvido... (Recorriendo la escena.) Nadie... solo. (Mirando á la derecha.) Allí está. (Llamando.) Chist!... (Nos habrá oido?) Venid, ya se fueron.

LUISA. (Saliendo.) Gaspar!

GASP. No temais, yo soy.

LUISA. (Arrodillándose.) Oh! Amigo mio! Mi salvador! Dejad que mi eterno reconocimiento!... (Besándole la mano.)

GASP. (Incorporándola.) Qué haceis? Eso no vale nada, ni debe hablarse de ello.

LUISA. Todo lo sé.

GASP. (Cielos!) Qué sabeis?...

LUISA. Todo! Lo he oido desde allí. Jorge, condenado á muerte!

GASP. Es verdad! Pero despues?...

LUISA. No pude oir nada más. Mi vista se apagó, faltóme el aliento, y caí desvanecida sobre aquellas piedras.

GASP. (Ah!) Pues bien, no hay que alarmarse... Es verdad que le han sentenciado, pero, qué diablo, no le encuentran, y tengo la casi seguridad de que no le encontrarán.

LUISA. Qué habrá sido de él?...

GASP. Todas mis pesquisas fueron inútiles. Pero, no hay que desesperar; aún volverán dias felices, y encontraremos á vuestro primo, á vuestro prometido esposo, víctima de una infame acusacion!

LUISA. Infame! Sí... Mi infortunado padre; mi familia, y otros muchos, hemos sido villanamente calumniados. Ciego de cólera el populacho, creyendo ver en nosotros á unos miserables espías, invadió nuestra morada, destruyendo, arrollándolo todo. Yo me salvé, gracias á mi primo Jorge; pero le perdí entre las turbas, sin que haya podido adquirir noticias de la suerte que le ha cabido.

GASP. Infeliz?

LUISA. En tanto mi padre... mi desventurado padre, fué uno de tantos mártires sacrificados en aras de las odiosas tiranías de los partidos. Su sangre generosa corrió, y desde aquel dia, todo fué para mí lágrimas, luto y desesperacion! Sin familia, sin recursos, errante noche y dia, no encontraba un asilo, un amigo!... Do quiera que me acercaba, era rechazada por gente temerosa de verse comprometida, teniendo que huir de aquellos miserables dispuestos siempre á la delacion.

GASP. Qué horror! No haber uno!

LUISA. Sí, uno; solo uno fué capaz: un dia, cuando sufriendo los terribles efectos del hambre y de la sed, y cuando juzgaba próxima mi muerte, Dios

hizo, sin duda, que vos, Gaspar, apareciéseis para salvarme!

GASP. (Con entusiasmo.) Y fué él, sí, fué Dios. Era de noche! Dirigíame hácia mi casa más tarde de lo que acostumbro, cuando veo un bulto recostado en la pared; al aproximarme, reconocí á una mujer que, extendidas las manos y con voz suplicante, me decia: «Tengo sed, mucha sed.» Con toda ligereza, cojo un vaso y me dispongo á llenarle de limonada... (Desde este momento va creciendo la animacion del diálogo.)

LUISA. Pero ella, deteniéndoos rápidamente, os dice: «No; de eso no! Agua! Solo agua!... No tengo dinero para pagaros... Soy tan pobre!»

GASP. Al ver aquellas lágrimas, al sentir aquel acento desgarrador, yo empecé á llorar tambien. Obliguéla á beber, queriendo consolarla, y á nuestro llanto se unió hasta el de la garrafa, cuyo grifo habia olvidado cerrar.

LUISA. Y con qué placer, con qué ansiedad, yo, la hija del general Bernad, llevé á los lábios la ofrenda del pobre!

GASP. Aun fué mayor el de este pobre, al poder mitigar el hambre y la sed de la hija del general. Al oir de vuestra boca la terrible confesion de que llevábais tres dias sin comer, os ofrecí un generoso asilo en mi casa; pero vos, siempre digna, me confiásteis vuestro nombre, manifestándome que os habian rechazado en todas partes.

LUISA. Recoger ó amparar en estos tiempos á una proscripta, es un crímen que se expía con la muerte.

GASP. No importa, dije yo. Dios no abandonará á este pobre soldado á quien ennoblecieron las heridas que recibió batiéndose en Crimea al lado de vuestro heróico padre; y por salvar á la hija de tan valiente general, no rehusaré el exponer mi vida!... Pero, soy casado; tengo una mujer y una hija á quienes adoro, y debo velar por ellas! Hubo un momento, muy corto, no es verdad? en que dudé; pero una idea luminosa vino á sacarme del apuro.

LUISA. Sí; para no comprometer á vuestra querida familia, alquilásteis esa casita en este sitio apartado, trayéndome todos los dias la mitad de lo que ganais.

GASP. La mitad? Cá! La cuarta parte, ó ménos. Ya os he dicho que eso no me causa el menor trastorno. Mi mujer se admira todos los dias del dinero que la entrego. Como la gente anda acaloradilla... la venta crece, y es un negocio que produce mucho.

LUISA. Y aún llevais las bondades hasta el punto de que todas las noches, despues de concluido vuestro trabajo, recorreis parte de la ciudad procurando adquirir noticias del paradero de Jorge. Esto debe cansaros bastante.

GASP. De ningun modo. Al contrario. Yo necesito mucho ejercicio. Hace poco... aquí mismo, lo recordaba mi mujer, quejándose de que voy todas las noches muy temprano.

LUISA. Es verdad eso, señor Gaspar?

GASP. Vaya! Tan verdad, como lo es el haber ganado hoy ciento sesenta sueldos... Apropósito, aquí teneis dos francos que os corresponden. Bien poco es para la hija de un general, mas qué remedio! Vamos, tomad.

LUISA. (Con efusion.) Ah! Señor Gaspar. Cada vez que recibo una nueva prueba de vuestra generosidad, pienso en aquellos dos séres amados que perdí, y que deben desde el cielo rogar por la vida y felicidad de mí bienhechor; de mi segundo padre!

GASP. (Obligándola á tomar el dinero.) Yo?... Ah! sí, sí! Eso es... yo soy vuestro segundo padre. Tomad, tomad, señorita. (Luisa toma el dinero y se echa llorando en sus brazos.) Vamos, vamos, qué niñerias! Estamos en medio de la calle, y si alguien llegase á conoceros... Ea! Entrad, yo voy á ver si adquiero algunas noticias, y... (Abrazándola y haciéndola entrar.) Hasta mañana.

LUISA. Adios, padre mio! (Vase.)

GASP. (Recogiendo la garrafa y demás.) Ajajá! Ahora, señor Gaspar, tendreis más valor para oir las

quejas y lamentaciones de vuestra pobrecita mujer, y de vuestra pobrecita hija. En marcha. Quién quiere limon, al rico limon!

ROB. (Al paño.) (Bien, Luisa Bernad; ya he descubierto tu situacion y tu morada; veremos si continúas despreciándome! (Se oculta.)

GRAB. Que es eso, mi protector espiando al señor Gaspar. Que habrá aquí? Nada, sigo los pasos de ese verdadero polizonte, y si no anda derecho... que se atenga á las consecuencias.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Representa el teatro gabinete modestamente amueblado. Al foro puerta. A la derecha, ventana, chimenea y espejo. A la izquierda otra puerta. Primer término derecha, mesa escritorio. Armarios al foro. Izquierda velador aparado para almorzar. Sobre la mesa escritorio, libros, papeles, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, sentado á la mesa escritorio.

ROB. (Leyendo.) «Luisa, hija única del general Ber»nad y prometida esposa de su primo Jorge, »capitan proscripto. El padre ya no existe, mas »hay quien asegura que el sobrino no ha salido »de París.» Oh! Luisa tiene razon al asegurar que está sola en el mundo; por mí, no tiene padre, no tiene familia, y muy pronto estará en mi poder. (Al foro llamando.) Gerónimo!

ESCENA II.

ROBERTO.—GERÓNIMO.

GER. (Entrando.) Señor!

ROB. Entra, y atiende bien lo que voy á decirte.

GER. Ya escucho.

ROB. Vas á llevar esta carta á su destino, mas presentándola con cierta precaucion...

GER. Entendido: con cara de persona honrada..... seguid.

ROB. Y entregándola en propia mano á la persona á quien va dirigida.

GER. Así se hará.

ROB. (Aparentando indiferencia.) Es una jóven llamada Luisa Bernad.

GER. Para la que hay órden de prision?

ROB. (Indiferente.) Tal vez! Es muy probable que haya cambiado de nombre; mas no importa, es ella! Vive completamente sola. Lo entiendes? Sola. (Con intimidad.) Es necesario que Luisa te acompañe hasta aquí; que no sospeche, que no comprenda que se la tiende un lazo.

GER. Me acompañará!

ROB. Para que sepas á qué atenerte en tus contestaciones, si ella te preguntase, oye bien lo que la escribo.

GER. Oigamos.

ROB. (Leyendo.) «Jorge Bernad está en París.»

GER. Lo que yo decia... (Seña de Roberto, imponiéndole silencio.) No chisto.

ROB. (Continuando.) «Y aunque al separarse de vos »fué descubierto y perseguido...»

GER. Justo, por... (Seña de Roberto.) Bueno.

ROB. «Logró escapar, arrollando heróicamente á sus »perseguidores...»

GER. (Yo solo!)

ROB. «A pesar de ser gravemente herido por uno de »los que le cerraban el paso...»

GER. (Le herí por la espalda, pero es lo mismo.)

ROB. «La fiebre y el delirio, que aún no le han aban»donado, le impiden escribiros.»

GER. Bien!

ROB. «Más aquellos que le recogieron en su casa, y »lograron al fin descubrir vuestro asilo, os avi»san para que, si deseais ver á vuestro amado »primo, á vuestro futuro esposo, acompañeis á »la persona que os entregue esta carta.» Entendiste?

GER. Ya lo creo! Perfectamente. La muchacha vendrá conmigo, no lo dudeis.

ROB. (Dándole la carta.) Pues en marcha! Ah! atiende. Si encontrases á Gaspar por la inmediaciones de la casa...

GER. A vuestro primo! El de la limonada?

ROB. Sí; te ocultas y no entras, en tanto que no se haya retirado.

GER. Calla! Tambien el tio Gaspar?...

ROB. Gerónimo!

GER. (Humildemente.) No he dicho nada. (Seña de Roberto para que salga.) Respondo del éxito. (Vase foro.)

ESCENA III.

ROBERTO.—GRABALOTTE, cargado de papeles; unas botas; avíos para limpiarlas, escobon y plumero. Sobre el traje lleva puesto un mandil. Deberá darse cierto aire de importancia.

GRAB. Señor Roberto! Ahí está el soldado Beltran, que desea hablaros.

ROB. Que entre y espere un momento; voy á mi cuarto y salgo en seguida. (Vase puerta izquierda.)

GRAB. (Al foro.) Podeis entrar, camarada.

ESCENA IV.

GRABALOTTE.—BELTRAN.

BELT. Gracias, galopin! Creí que me ibas á hacer esperar ahí fuera hasta mañana. (Sentándose.) Pues ni que se tratara de entrar en Palacio.

GRAB. Poco á poco, señor Beltran, no juzgueis que aquí somos personas de poco más ó ménos.

BELT. Hola!

GRAB. El señor Roberto es el secretario íntimo de monsieur Doubal, hombre, en la actualidad, de la mayor influencia... y yo soy...

BELT. Vamos... y tú, qué eres?

GRAB. Yo soy, su...

BELT. Criado?

GRAB. Eh! Nada de eso, no señor. Monsieur Roberto está en camino de alcanzar una brillante posi-

cion, de hacer una gran fortuna, y me ha recibido en su casa en calidad de amigo. Son sus palabras.

BELT. Su amigo, y le limpias las botas?

GRAB. (Tirando las botas y cepillos.) Hombre! Un favor!

BELT. Barres el suelo...

GRAB. Sí; como amigo!

BELT. Haces los recados, sirves á la mesa, cepillas la ropa...

GRAB. Todo; todo como amigo.

BELT. Ya!!

GRAB. Como amigo de confianza.

BELT. Entonces...

GRAB. Chito! Ya está aquí.

ESCENA V.

LOS MISMOS.—ROBERTO.

ROB. Hola! Beltran, buenos dias. Me dispensarás si hoy no te escucho por mucho tiempo, pues un asunto importante reclama toda mi atencion: por lo tanto, dí brevemente lo que quieres. Grabalotte... (Seña de que salga.)

GRAB. (Colocándose en medio.) Héme aquí.

ROB. Cómo!

GRAB. Podeis hablar!

ROB. Pero...

GRAB. Decíais?

ROB. Que nos dejes; que te se llamará cuando sea necesario.

GRAB. Es decir, que estorbo? No es esto? Con franqueza!

ROB. Sí, amigo mio!

GRAB. Bueno. (A Beltran.) Ya lo veis, es un amigo...

BELT. Que te dispensa...

GRAB. No: que se toma mucha confianza. (Vase foro.)

ESCENA VI.

ROBERTO.—BELTRAN.

ROB. Y bien, qué teníais que decirme?

BELT. Dos palabras. Yo sé que estás en íntimas relaciones con monsieur Doubal.

ROB. Así es.

BELT. Y que no sabe negarte nada.

ROB. Oh! Eso... segun.

BELT. Pues bien, yo deseo obtener mi licencia.

ROB Cómo?

BELT. Quiero volver á mi vida de carpintero. Quiero ser paisano.

ROB. Tú!

BELT. Sí. Es preciso.

ROB. No extrañarás que me admire y asombre tu conducta. Beltran, si esto hace un hijo del pueblo!...

BELT. El hijo del pueblo está siempre dispuesto á dar su sangre y cien vidas que tuviera por defender la independencia y la libertad de su pátria. Ojalá imitasen su conducta todos y con igual desinterés! Si yo pido hoy mi licencia, si deseo ser paisano, es porque un deber sagrado, un deber de honor me obliga á ello. Pero será sólo una pequeña tregua que deberé á mi pátria, y despues seré todo suyo hasta morir.

ROB. Comprendo. Tú amas á la hija de Gaspar, tienes un rival y... (Cambiando de tono.) Tengo un medio de alcanzar tu baja.

BELT. De veras?

ROB. Oye. Yo tambien amo á una jóven, y como tú, tengo un rival: ayúdame á encontrarlo, á vengarme de él, y serás libre; yo te lo prometo.

BELT. Y quién es? Qué debo hacer para encontrarlo? Su nombre?

ROB. Se llama Jorge Bernad.

BELT. (Aterrado.) Jorge Bernad!

ROB. Aquí, en este papel, están sus señas... Además, fué herido de gravedad en un hombro.

BELT. Y si llegase á descubrir á tu rival, te batirias con él?

ROB. Yo? Qué desatino!

BELT. Cómo?

ROB. Es un hombre contrario á nuestro partido.

BELT. Y bien?

ROB. Un enemigo del Gobierno, un proscripto sentenciado á muerte.

BELT. Y qué?

ROB. Prestaremos un gran servicio denunciándole.

BELT. (Indignado.) Basta! Ni una palabra más! No necesito tus favores ni tu proteccion si he de comprarla á ese precio.

ROB. Desgraciado! Sabes lo que dices? Sabes que lo que te propongo habrá infinitos que lo acepten?

BELT. Sí; pero nunca un hombre honrado, jamás un soldado valiente. (Roberto quiere hablar.) Nunca, repito! El soldado se bate frente á frente, en el campo de batalla!... Alguna vez, arrastrado por el capricho ó terquedad de sus superiores, pero nunca vende su honra, ni cambia su digna y noble mision por el infamante oficio del esbirro y de verdugo! (Vase.)

ESCENA VII.

ROBERTO.—Despues GERÓNIMO.

ROB. Pobre imbécil! Já, já, já! (Aparece Gerónimo en el foro.) Quién? Ah! Eres tú! Y bien?

GER. (Señalando á la ventana) Ahí está.

ROB. (A la ventana.) Dónde? En ese carruaje?

GER. Sí.

ROB. Corre, despide al cochero, condúcela hasta aquí, y despues...

GER. Entendido: guardaré esa puerta, y descuidad. (Vase.)

ROB, Luisa aquí!... En mi poder, es una traicion, una lucha horrible la que se prepara, y... tengo miedo; me falta el valor que otras veces!... Pero no; desechemos la compasion y los remordimientos! Luisa ha de ser mía: lo he jurado, y lo será. (Vase derecha.)

ESCENA VIII.

LUISA. — GERÓNIMO.

GER. Entrad aquí.

LUISA. Dónde está? Por favor, pronto; conducidme á su presencia!

GER. Esperad un momento, señorita: vais á verle, pero antes es necesario que yo os anuncie.

LUISA. Pues bien; id, amigo mio, id. (Vase Gerónimo derecha.) Pobre Jorge! Está herido... moribundo tal vez... Ah! Pero ahora yo no le abandonaré un solo momento; seré yo quien le cuide, quien vele por él! (Al dirigirse hácia la puerta de la derecha, aparece Roberto en el dintel. Luisa dá un grito y retrocede asustada.) Jesús!!!

ESCENA IX.

LUISA.—ROBERTO.

ROB. Soy yo.

LUISA. Vos!! (Recorriendo la escena, cuyas puertas estarán cerradas.) Dios mio! Quién me podrá salvar? Quién podrá venir en mi auxilio?

ROB. Perdonad! Para salir de esta casa no es necesario que nadie venga á dispensaros su amparo y su proteccion Oidme, Luisa, y no juzgueis imposible el que, á falta de otro sentimiento más tierno, haya querido yo merecer de vos el del agradecimiento.

LUISA. Mi agradecimiento?

ROB. No lo dudeis!... Yo os ofrezco reuniros al capitan Jorge Bernad, vuestro querido primo. Seguireis ahora siendo mi enemiga y despreciándome?

LUISA. Conducidme pronto hasta él. Vea yo las pruebas de vuestra sinceridad, y á su lado, solo á su lado, os contestaré!

ROB. Y si yo os exigiese que fuera antes de verle? Si ahora mismo os obligara?...

LUISA. Ya me conoceis.

ROB. Qué quereis decir?

LUISA. Que me llamo Luisa Bernad, y que sabré perder la vida antes que la honra.

ROB. Mirad que puede oiros vuestro querido enfermo.

LUISA. Mentís! Jorge no está aquí.

ROB. (Perdiendo la calma.) Entonces! Cuidado que no os oigan vuestros jueces!

LUISA. Oh! Ahora os reconozco. Era mejor que hubiérais empezado por esa amenaza! Al menos tendríais el mérito de ser sincero.

ROB. Pues bien, puesto que así lo quereis, oidme, Luisa, y basta de ficcion. Ya es tiempo que me conozcais; os amo con el amor que engendra la demencia, que arrastra á la desesperacion... al crímen.

LUISA. Qué horror!!

ROB. (Fuera de sí.) Mas, qué importa que así sea? Hoy soy dueño de conseguir mis deseos!...

LUISA. (Cielos!)

ROB. Sí; hoy puedo arrancar á la desgracia lo que no me es dado arrancar al amor! Sí, Luisa, hoy estás en mi poder.

LUISA. (Recorriendo la escena.) Jorge!! Padre mio!!!

ROB. Llamad, sí, llamad á vuestro venturoso amante. Yo os prometo que no vendrá á arrancaros de mis brazos. (Sube al foro á cerciorarse de que las puertas están cerradas.)

LUISA. (Cayendo de rodillas.) Dios mio! Dios mio!! No me abandoneis!!!

GASP. (Dentro.) Al rico limon! (A la palabra «Dios mio,» baja Roberto, cogiendo á Luisa de una mano, ésta, al oir la voz de Gaspar, hace un esfuerzo supremo, rechazando á Roberto, y corre á la ventana.)

LUISA. Ah!!

ROB. Gaspar!

LUISA. (A la ventana.) Gaspar!... Socorro!... Soco...

ROB. Desgraciada! (Corre hácia Luisa, le tapa la boca, la arranca de la ventana y la arroja violentamente á la izquierda. Luisa se desmaya.) La han oido! Gerónimo! Fermin! Gerónimo! (La puerta se abre y ambos aparecen.) Pronto... Venid... Lle-

váos á esa mujer!... Suben la escalera. (Al foro.) Si viniesen otros con él!... (A los criados, que han cogido á Luisa, y la sacan puerta izquierda.) Vamos... Sacadla de aquí. (Los acompaña hasta la puerta izquierda que cierra.) No dejarlos entrar, sería justificar sus sospechas... Y si viene solo... (Con intencion.) Oh! Sí; es mejor que entre.

ESCENA X.

ROBERTO y GASPAR, que entra precipitadamente por el foro, reconociendo la escena con la vista. El pañuelo se le habrá caido á Luisa.

GASP. Quién ha gritado aquí? Quién me llama?

ROB. Hola! Gaspar! Qué es eso? Qué te trae por aquí?

GASP. Quién mè ha llamado?

ROB. A tí?... No sé...

GASP. Me pareció oir la voz de una mujer...

ROB. Estás loco! En mi casa no entran mujeres, tú lo sabes bien.

GASP. Lo que sé es que fué una voz que me llegó al corazon... Me pareció oir la de...

ROB. De quién?

GASP. (Conteniéndose.) De mi hija!

ROB. Y á qué habia de venir aquí tu hija?

GASP. No sé... más creí que era ella... Me pareció que me llamaba por mi nombre... que su acento indicaba la desesperacion y la agonía, al gritar: «Gaspar, socorro!» Entonces perdí la cabeza, tiré los útiles de mi ambulante mercancía, subí precipitadamente la escalera, y entré corriendo para decirla: (Alto.) Aquí estoy, hija mia! Aquí estoy! Dónde estás? (Pausa.)

ROB. Y bien? Ya ves que no está aquí tu hija... ni ninguna otra mujer.

GASP. Aquí? Sí; ya veo... pero... (Mirando á la puerta izquierda.)

ROB. Ahí dentro están Fermin y Gerónimo, arreglando unas cuentas de la mayor importancia. (Llamando.) Gerónimo! Fermin!

GER. Señor!
ROB. Está eso concluido?
GER. Aun no, señor. (Se retiran, cerrando la puerta)
ROB. Ya ves.
GASP. (Estoy entre una cuadrilla de bandidos, y me matarian sin que pudiera salvarla.)
ROB. Qué dices?
GASP. Nada, que me habia engañado.
ROB. Entonces...
GASP. Es verdad, me voy.
ROB. Adios! Salud y fortuna.
GASP. Adios! Oh! (Cogiendo rápidamente el pañuelo de Luisa.)
ROB. (Volviéndose.) Qué fué?
GASP. Nada... (Este pañuelo es de ella, no hay duda.)
ROB. Entonces...
GASP. Es particular!... Parece que tienes vivos deseos de verme fuera de aquí.
ROB. Yo? Qué disparate! Al contrario! (Aún sospecha.) Te puedes quedar el tiempo que quieras; pero... tengo que salir; aún no he almorzado y...
GASP. Pues siendo así, me quedo.
ROB. (Conteniéndose.) (Voto al!...)
GASP. Así como así, yo tampoco he almorzado y lo haré contigo.
ROB. (Sin poderse contener.) Gaspar! Eso no es posible!
GASP. (Con ironía.) Oh! No te incomodes, primo mio; ya sé yo que almorzar un señor secretario con un pobre diablo que vende agua de limon, no es justo ni decente; pero ya que sé todo eso, no abusaré de nuestra amistad, ni de nuestro parentesco, y al decir que almorzaremos juntos, he querido decir que seré yo quien te sirva.
ROB. Tú?
GASP. Sí, yo. Máxime hoy, que están tan ocupados tus sirvientes con esas importantísimas cuentas.
ROB. (Si no logro desvanecer sus sospechas, es muy capaz de dar un escándalo, y tal vez me viera obligado á entregar á Luisa. (Como asaltado de una idea.) Oh! Yo me veré libre de él.)
GASP. La mesa está puesta...
ROB. Es verdad. Almorzaremos y beberemos juntos,

sin ceremonias, como dos primos que se estiman.

GASP. A pesar de ciertas diferencias...

ROB. Bah! Bah! No hablemos de eso! A la mesa. (Se sientan.)

GASP. Pues á la mesa.

ROB. Gaspar, á tu salud!

GASP. A la tuya!! En verdad que es delicioso estar así, con un pariente, á la misma mesa, partiendo del mismo pan...

ROB. Y bebiendo del mismo vino!

GASP. Roberto, mira que á mi edad se sube pronto á la cabeza, y no querrás...

ROB. Eso qué importa? A la salud de tu mujer, de la buena Catalina. Vamos, arriba!

GASP. Sea. A la salud de mi mujer! (Bebe.)

ROB. Bravo!!

GASP. Buen vino! Es necesario tener cuidado con él!

ROB. Ca! Si es muy flojo.

GASP. Para tí lo será; pero yo que no estoy acostumbrado más que á la limonada...

ROB. Ahora es preciso brindar por tu hija, á la cual pensaste encontrar aquí... (Dándole la copa.)

GASP. Oh! Sí, á mi Julia.

ROB. Sí! Tu Julia

GASP. (Fingiendo.) Pensé!... Y no pensé!

ROB. Qué quieres decir?...

GASP. Quiero decir... Sí, eso es... quiero decir; que no quiero decir nada. (Bebe.)

ROB. Vamos á ver. Aquí entre nosotros, francamente, tú creiste, al subir, encontrar aquí á tu hija?

GASP. Yo subí, porque... ja! ja! ja! Tiene gracia. Ja! ja! ja! Verdaderamente tiene gracia. (Bebe.) Conque á mi hija? Ah! Pues bien, sí, subí... porque te creia un miserable, un infame!

ROB. (Levantándose.) Cómo!!

GASP. Ja! ja! ja!... (Bebiendo.) A tu salud!

ROB. Pero...

GASP. Creia que habias hecho venir á esta casa á la pobre niña... á mi pequeña... sabes? Mi...

ROB. (Irónicamente.) Tu hija!

GASP. Justo. Mi hija, que la obligabas á permanecer aquí contra su voluntad... y que despues...

ROB. Despues te has convencido de que ella no estaba aquí, no es esto?

GASP. Sí; ella... mi hija... no estaba aquí. (Muy marcado.)

ROB. Despues estamos almorzando como dos buenos amigos...

GASP. Hemos bebido!...

ROB. Y ahora...

GASP. Ahora, qué?

ROB. Te puedes marchar.

GASP. Me puedo...

ROB. Y pronto.

GASP. (Levantándose.) En seguida; pero voy á echar el último trinquis, y andando, en busca de mi niña. (Bebe.) Adios, primo; me voy, me voy á... (Cae en la silla.)

ROB. (Obligándole á levantar.) Vamos, hombre, vamos! Si quieres encontrarla, si quieres partir, es preciso que te levantes.

GASP. Si quiero partir? Ya lo creo. (Se levanta.) Al momento; me dirijo á la casa en donde está... (Llega tambaleándose hasta la silla que habrá al lado de la mesa de escritorio y cae desplomado en ella.) Ajajá! Ya llegué.

ROB. (Oh, rabia!)

GASP. Y bien de prisa, caramba! Hola, Catalina, viejecita mia!... Estás enfadada? No me respondes? No? Pues buenas noches! (Se echa sobre la mesa.)

ROB. (Sacudiéndole.) Gaspar! Gaspar!

GASP. No estoy en casa.

ROB. Gaspar, oye...

GASP. Al agua de limon!

ROB. Oh, por fin me veré libre de él! (Llamando con precaucion á la puerta izquierda.) Gerónimo! Fermin! (Salen éstos. Roberto vuelve á observar á Gaspar.) Chis!... Silencio! (Señalándoles á Gaspar.) La jóven, cómo se encuentra?

GER. En este instante ha vuelto de su desmayo, mas está tan debil y abatida, que no hay temor, ni de que huya, ni de que grite.

ROB. Está bien. (A Gerónimo.) Corre á casa del señor Doubal, y dile que hoy no me es posible asistir

á su despacho; que más tarde nos veremos en la prefectura. (Vase foro Gerónimo.) Tú vé (A Fermin.) á buscar un carruaje para quitar de aquí á ese... desdichado. Vuela! (Fermin se dirige al foro.) Ah! escucha. (Sube al foro.) Una vez el carruaje á la puerta, esperas la llegada de Gerónimo, y, reunidos en ella con Grabalotte, aguardais á que os llame. Parte. (Vase Fermin. Desde que ha subido al foro Roberto, Gaspar, cerciorandose de que no puede verlo, se levanta; coge con alegría el rewólver que está sobre la mesa, y entra precipitadamente por la puerta izquierda.)

ESCENA ULTIMA.

ROBERTO.—GASPAR, sosteniendo á LUISA.

ROB. (Cerrando la puerta del foro.) Bien! (Dirigiéndose á la puerta izquierda.) Ahora...

GASP. (Con energía, desde la puerta.) Atrás!

ROB. (Retrocediendo.) Qué es esto?

GASP. Atrás, miserable!

ROB. Gaspar!

GASP. Juzgaste que yo estaba embriagado, no es verdad? Creias que me habia dejado emborrachar como un estúpido... y que ahora podrias satisfacer tus infames proyectos?

ROB. (Fuera de sí, y buscando sobre la mesa el rewolver.) Vive el cielo!

GASP. No; no le busques. (Mostrándole el rewolver.) Está aquí.

ROB. Oh!

GASP. (Con mucha calma, y señalando al foro.) Abre esa! puerta...

ROB. No!

GASP. Abre...

ROB. Nunca!

GASP. Abre esa puerta, te digo, Roberto, si no quieres morir. (Apuntándole con el rewolver.)

ROB. (Retrocediendo.) Osarías?...

GASP. Matarte como quien mata á un perro.

LUISA. (A Gaspar.) Dios mio! Las fuerzas me abandonan.

GASP. (Apuntándole.) Por última vez, abres?

ROB. (Despues de un momento) Sí! (Mi venganza será terrible!) (Abre la puerta del foro.)

LUISA. Gracias, Dios mio!

GASP. Valor, pobre niña! (Apenas puede sostenerse!) Tranquilizáos! No oís? (Ruido de coche fuera.) El primo Roberto es un bello sujeto, y todo lo sabe prevenir... hasta el coche.

LUISA. Ah! Partamos.

GASP. Adios, primo.

ROB. (Con rabia.) Ya nos encontraremos, Gaspar.

GASP. Cuando quieras, Roberto! Estoy siempre á tus órdenes. (Salen por el foro. Roberto quiere seguirlos, pero Gaspar le apunta con el rewolver y retrocede. Cae el telon)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Representa el teatro, huerto cercado por tapia en las afueras de París. A la derecha una casa. Al foro puerta que da al campo.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA.—JULIA.—JORGE. (Este, pálido y abatido, sale apoyándose en el brazo de Catalina.)

CAT. Despacito, señor enfermo, despacito. No seais tan vivo de génio.

JUL. Mirad, madre mia; en este banco, puede descansar.

CAT. Es cierto. Sentáos. (Jorge se sienta.)

JORGE. (Mirando al rededor.) Pero este jardin?...

CAT. Es mejor que vuestra boardilla, no es verdad?

JORGE. Es excelente!

JUL. Aquí podreis respirar con más libertad que en aquella estrecha y oscura cobacha, donde tanto habeis sufrido en vuestra penosa enfermedad.

CAT. Eso es, y tambien salir á pasear, como si estuviéseis en vuestra casa, todo el tiempo que dure la convalecencia.

JORGE. Y cómo ha sido esto?

CAT. Nada más sencillo. El huerto pertenece al dueño de la casa; fuímos á pedirle permiso para que vos... Andrés, nombre por el que sois conocido, pudiéseis bajar aquí á disfrutar el aire

libre; y como es un buen señor, y nos quiere tanto, con mil amores accedió á nuestra pretension. Hélo ahí todo.

JORGE. Señora Catalina, sois una excelente mujer, y no sé cómo agradecer vuestros favores!...

CAT. Animo! En todo caso podeis agradecérselo á Julia, porque ella fué quien tuvo tan buena idea.

JORGE. Pobre niña! Cuándo y cómo podré remunerar tantas bondades?

JUL. Poniéndoos muy pronto completamente bueno.

JORGE. Ya estoy mejor! Casi bien, y me siento coñ bastantes fuerzas para... ved... (Se levanta y da algunos pasos.) Unicamente esta herida... (Vuelve á sentarse.)

JUL. Lo veis?

JORGE. Oh! Yo he de vencer mi flaqueza! Lo quiero! debo hacerlo!

CAT. Sosegáos! Es preciso tener paciencia.

JUL. Si no sois dócil y obediente, me incomodaré con vos. No sabeis que todo enfermo no debe tener más voluntad que la de su enfermera? Esperad tranquilo, en tanto que yo misma os preparo la comida. Madre, dadme algun dinero.

CAT. Sí, hija mia, sí... (En voz baja.) No lo tengo.

JUL. Cielos! Entonces, mi padre...

CAT. No ha parecido hoy. (Jorge se levanta y va acercándose.)

JUL. No?

CAT. No!

JUL. Ni ha enviado nada?

CAT. Nada! Esperaba que me pagasen la obra que concluiste, y me dijeron que volviese mañana.

JUL. Dios mio!

CAT. No tenemos ni un solo sueldo.

JUL. Y qué hacer? (Viendo á Jorge.) Ah!

CAT. Nos ha oido!

JORGE. Todo! No os ruboriceis, ni bajeis los ojos. Teneis la más alta, la más verdadera de las noblezas, la del alma! Y en vez de avergonzaros, debeis elevar esas frentes, en donde brilla la aureola de un ángel y de una santa.

JUL. Señor Jorge!...

CAT. Nosotras, qué hemos hecho para merecer esos elogios?

JORGE. Qué habeis hecho? Recogerme siendo proscripto; estando herido, moribundo! Salvarme la vida á fuerza de peligros, privaciones y sacrificios. Ser para mí una segunda madre, y una cariñosa hermana! Mas ahora que Dios y vuestros cuidados me han restituido la salud y las fuerzas, no quiero seros molesto por más tiempo, ni que por mi causa esteis espuestas al peligro.

CAT. Qué decís?

JUL. Quereis marcharos?

JORGE. Sí: llegó mi vez de partir con mis bienhechoras el salario del jornalero! Hoy mismo entraré en París, buscaré trabajo, y alejándome de estos lugares, evitaré á que llegueis tal vez á participar de mi fatal destino.

JUL Pero eso no es posible! Vos entrar en París? Olvidais que sois perseguido, condenado, que pueden reconoceros, y que entonces estais perdido para siempre?

JORGE. Espero que Dios no me abandonará! Además, otro deber me llama allí!

CAT. Otro deber?

JORGE. Sí! Hay en París una persona de quien fuí obligado á separarme, y á quien debo encontrar forzosamente

JUL. (Con interés.) Alguna mujer?

JORGE. Sí, amigas mias. Un ángel! Una niña muy desgraciada, por cierto! Oid! no deben existir secretos entre nosotros, y vais á saberlo. (Se oye la voz de Gaspar.)

CAT. Chist... Callad... Ahora no; ahí viene Gaspar.

JUL. Pero despues nos lo direis todo, no es cierto?

JORGE. Todo!

ESCENA II.

DICHOS.—GASPAR, foro. Suben á su encuentro.

GASP. Ajajá!... Quietos; no hay que incomodarse. Soy

yo! Buenos dias, Catalina. Adios, Julia. Buenos dias, Andrés. Hola! Hola! hé aquí una cosa bien extraña. Un casero, que deja pasear en su jardin á los pobres inquilinos de la boardilla.

CAT. Ya sabes?...

GASP. Sí: encontré ahora mismo, en esa otra calle, al dirigirme á nuestra casa, á ese buen viejo, al señor Gautier, y me dijo: «Si no quereis andar más, entrad por mi jardin que allí les encontrareis.» «Pues cómo es eso?» le dije yo; y entonces me lo contó todo. (A Catalina y Julia.) Pero, vamos á ver, hoy no se me dá un abrazo?

JUL. (Aproximándose con tristeza.) Sí, padre mio!

GASP. (Al ver inmóvil á Catalina.) Está bien! No era así como se me recibia en otro tiempo... Antes, cuando se apercibian de mi llegada, la madre y la hija corrian presurosas á arrojarse en mis brazos, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazon. Hoy...

CAT. Hoy no es culpa nuestra si la felicidad huyó de este hogar.

GASP. De manera que la causa soy yo?

CAT. Pregúntalo á tu conciencia, y ella te responderá.

GASP. Mi conciencia! No tengo nada de qué acusarme... Nada de que me pueda avergonzar.

CAT. Lo que prueba que estás aún más deprabado, más perdido de lo que yo creia, puesto que ya no sabes distinguir el bien y el mal.

JORGE. Señora Catalina!

JUL. Madre!

GASP. (Con dignidad.) Catalina, hay palabras que pronunciadas en un momento de cólera hieren más á veces al que las profiere que á aquel á quien van dirigidas!! Las que acabas de lanzarme al rostro son de esa índole! Tú te arrepentirás, y yo... te las perdono.

CAT. Tú! Esto es para perder la razon! Que yo me arrepentiré? De qué?

GASP. De haber olvidado veinte años de afecto y felicidad en un momento de error y ofuscacion.

CAT. Luego es un error, es una ofuscacion mia el que

un hombre, un padre de familia, deje llegar, por su abandono, el momento de que su mujer y su hija carezcan de lo necesario?

GASP. (Aterrado.) Cielos! Es eso verdad? (Enternecido.) Ah, pobrecitas mias! Y yo, miserable de mí, que habia olvidado!... Oh, perdóname, hija! Perdóname, mi buena Catalina! Toma, ahí tienes... (Dándole dinero.)

CAT. (Llorando.) No, yo... nada quiero; nada necesito!...

JUL. Es vuestro cariño, padre mio, lo que nos falta... Sin él parece más espantosa todavía la miseria!...

JORGE. Esa desaparecerá conmigo.

GASP. Contigo?

JORGE. Sí; conmigo, señor Gaspar. Porque si el fruto de su trabajo no alcanza á que su pobre y caritativa familia tenga lo necesario, es porque en esta casa hay un gasto inútil, y ese gasto le origino yo. Perdon por el tiempo que he tardado en conocerlo, y parto en busca de trabajo para ayudarle en su afliccion. (Vase derecha.)

GASP. Eh! Qué ha dicho? Que va á buscar trabajo... que va á partir... Es que yo no lo consentiré... (Como si hablara con Jorge.) Que yo no te dejo! Al contrario! Te has de quedar! Tengo precision de que te quedes! Hay que decirlo todo: no hay más remedio Vosotras teneis un protegido, y eso me da derecho á tener tambien el mio... Es decir, la mia!

CAT. La tuya? Una mujer?

GASP. Sí. Vosotras, no teneis un hombre?

CAT. Y quién es?

GASP. Catalina; quiero traerla aquí, aquí mismo... donde estás tú, mi esposa... donde está mi hija... Puedes creerme un disipador, un perdido, hasta haragan, si te parece, pero un padre desnaturalizado, nunca! Ah! Tú no me juzgarás así, no es verdad?

CAT. Pero sepamos de una vez, quién es esa mujer? Qué es?

GASP. Una infeliz! Una pobre florista; sí, florista... pero muy desgraciada.

JUL. Jóven?

GASP. Casi una niña; huérfana, desamparada, que Dios me entregó, y que no tiene más asilo que el que vosotras querais darle.

CAT. En dónde está?

GASP. Aquí! La hice venir conmigo, y espera...

JUL. Ah! Voy por ella! (Vase foro derecha.)

CAT. Y así te estás con esa calma? Tal vez crea la infeliz que no la queremos recibir, que...

ESCENA III.

CATALINA.—GASPAR.—JULIA.—LUISA.

JUL. Por aquí... venid... aquí está mi madre.

LUISA. (Con timidez.) Señora!...

CAT. Pobrecita! Parece haber sufrido mucho!

JUL. Es verdad, madre mia, que consentís en recibir á esta señorita en nuestra casa?

CAT. Sí, hija mia, sí; consiento, y con mucho gusto. No temais! Sosegáos: pero teneis frio; las manos heladas!

LUISA. He sufrido tanto!

JUL. Infeliz! Tiene fiebre.

CAT. Es menester que descanseis! Julia cuidará de vos, en tanto que yo voy á buscar un médico... sentáos aquí. Está temblando!... Ah! Esperad! (Se quita el chal y la cubre con él.)

LUISA. Señora!

GASP. (Llorando de gozo.) Bravo! Bien! Oh! Qué corazon! Bendita seas! (Corre adonde está Catalina, y la besa en la frente repetidas veces.)

CAT. Qué es esto? Está bien, hombre, está bien!

GASP. Tú eres un ángel! Sois dos ángeles que me acompañan en la vida!

CAT. Estate quieto.

GASP. Es muy justo, muy bien hecho lo que haceis con esa pobre niña; y si supiérais todo lo que ha sufrido; y cuántos peligros la amenazan aún.

(Acercándose á Luisa.) Pero no hay que desesperar. (Catalina y Julia hablan aparte.)

LUISA. (Bajo á Gaspar.) Es necesario que yo no permanezca mucho tiempo en este sitio. Aquel hombre no tardaría en encontrarme!

GASP. (Idem.) Descuidad; os buscaré otro asilo más seguro.

ESCENA IV.

DICHOS.—JORGE.

JORGE. Héme aquí dispuesto á partir.

LUISA. (Levantándose.) Esa voz! (Reconociéndole.) Jorge!!

GASP. Eh?

LUISA. Jorge!... Jorge!... Eres tú?

JUL. (Qué dice?)

GASP. Pero, qué es esto?

CAT. Se conocen!

GASP. Sin duda.

LUISA. Jorge mio!

JUL. (Se aman! Pobre de mí!!)

GASP. (Asaltado de una idea.) Ah! si será?...

LUISA. (A Gaspar.) Él es, amigo mio! Él es!

JORGE. (A Catalina.) Es ella, señora Catalina!

GASP. Pero, qué algarabía es ésta? Es él! Es ella! Quién es ella? Quién es él? Vamos, hablad.

JORGE. Mi compañera de la infancia, mi hermana de proscripcion; aquella que yo juzgaba perdida, tal vez para siempre, y la que estaba decidido á buscar en París, aunque en ello arriesgara mi vida!

GASP. Está bien. (A Luisa.) Entonces, este carpintero, es?...

LUISA. Jorge Bernad, mi primo.

GASP. Jorge?... El señor Jorge Bernad? Mil legiones de diablos! Pues si por buscaros he andado más leguas, sin salir de París, que si hubiese ido desde aquí á la Meca!

JORGE. A mí?

CAT. } Cómo?
JUL. }

GASP. Quién me habia de decir, cuando yo entraba en mi boardilla, rendido de mis correrías, y perdida toda esperanza, que tenia á mi lado aquel que con afan buscaba?

JORGE. Pobre Gaspar! Y por eso sin duda, os recogíais tan tarde?

GASP. (Mirando intencionadamente á Catalina y Julia.) Por eso.

CAT. (A Julia.) Y nosotras que le acusábamos!...

GASP. Hay, sin embargo, quien suponga otra cosa.

CAT. No; quien suponia!

GASP. (Fingiendo severidad.) Quienes, mientras yo corria en busca vuestra, os prodigaban sus cuidados, su cariño; á vos, á un capitan, á un proscripto... haciéndome creer que érais carpintero...

CAT. (Interrumpiéndole.) Y tú? Habla! Dí! No decias que esa hermosa jóven era una pobre florista?

GASP. Y así lo creia... Mas, qué quieres... Me engañé!

LUISA. No le hagais caso, señora. El sabia muy bien quién era yo, y los peligros á que se esponia amparándome. Cerca de un mes hace que vela por mí, cual si fuera su hija, protegiendo mi vida, defendiendo mi honra, y como si esto no fuera bastante, cediéndome todos los dias la mitad del fruto de su trabajo.

CAT. Con que era en eso en lo que empleabas el dinero?

JUL. (Abrazándole.) Ah! Padre mio!

CAT. (Idem.) Gaspar! Esposo mio!

GASP. Está bien, está bien! Señora Catalina, estáos quieta!..

CAT. No quiero.

GASP. Pero delante de la gente!...

CAT. Por eso mismo! Delante de todos quiero acusarme de haber sido injusta, desconfiando é injuriando al mejor de los maridos!

JUL. El mejor de los padres!...

GASP. Pero, qué es esto?...

CAT. Delante de todos quiero que me perdones.

GASP. Yo?

JUL. Es verdad, padre mío, que nos perdonareis?

GASP. (Abrazándolas.) Y cómo no, si os amo tanto!

LUISA. (A Jorge.) Qué almas tan nobles!

GASP. (A idem.) Disculpad estas lágrimas, y... Es cierto que no somos jóvencs, como vos y la señorita Luisa, mas tambien nos amamos mucho... no es verdad, Catalina?... Eh! no seas loca, no llores, no ves que yo estoy alegre!... (Llorando.) Rie... rie... así... como yo rio, pobrecita mia!

CAT. Gaspar!

GASP. Todos, en esta casa, juzgásteis mal de mí! Creíais que yo malgastaba el dinero en vino, en aguardiente... qué se yo... Já! já! já! Muchas veces me hizo reir la idea que formábais de mí; y otras me entristecía la manera con que era recibido en mi casa.

CAT. Pero, por qué no decirnos?...

GASP. Por qué! Porque haceros mis confidentes, era haceros mis cómplices: era envolveros en los peligros que yo solo debia arrostrar! Por eso callé. Y porque si es cierto que os robaba la mitad de vuestro pan, no lo es menos que, al obrar así, os hacia partícipes de las bendiciones del cielo!

CAT. Así es! Mas desde ahora, arrostraremos juntos los peligros.

GASP. Juntos, sí; formando una familia, que Dios ha querido aumentar, dándonos dos hijos más, (Abrazando al grupo que forman los cuatro.) y á tí, Julia, una hermana, y un hermano.

JUL. (Ella!!)

CAT. Qué tienes? Estás pálida, triste!

JUL. Yo?... No; os juro que estoy contenta, madre mía, al contemplar la felicidad del señor Jorge.

JORGE. (Tomándola una mano.) Julia, los beneficios que me habeis hecho, la caridad conque me habeis tratado, y últimamente la bondad de vuestros padres, me han hecho vuestro hermano: consentireis que Luisa sea vuestra hermana tambien?

JUL. (Dios mío!)

LUISA. (Suplicando.) Deseais que os lo ruegue?

JUL. (Llorando se echa en sus brazos.) Hermana mía!

GASP. Bravo! Todos contentos, no es así? Pues bien; ahora trataremos de cosas más sérias. El corazon está satisfecho, pero el estómago no dice lo

mismo, y es preciso acordarse de él tambien. Yo salgo á comprar algunas frioleras; tú, Julia, á poner la mesa...

LUISA. Yo la ayudaré.

GASP. Y tú, Catalina, acompáñalas.

JORGE. Alguien viene por este lado. (Al fondo.)

GASP. Por el jardin? No sé quien pueda ser!... (Mirando.) Ah! Es el amigo Beltran! No desconfieis de él, pero no conviene que vea á esta señorita. Idos arriba las tres; el señor Jorge puede quedarse, puesto que Beltran le conoce, no es así?

JORGE. Le he hablado algunas veces.

GASP. Si os pregunta, decidle que Julia y Catalina se hallan fuera de casa. En cuanto á mí, voy á hacer mis compras, y bajaré por la otra escalera que dá á vuestra boardilla. Nada se pierde obrando con prudencia. Vamos, vamos; en marcha! Cada uno á su puesto! (Vanse todos menos Jorge.)

ESCENA V.

JORGE.—Despues BELTRAN.

JORGE. El haber encontrado á Luisa, hace renacer en mi alma la esperanza; mi espíritu se reanima, y el corazon me dice que nuestras desgracias van á concluir.

BELT. (Desde la puerta del foro.) (El!... Y está solo!) (Bajando.) Buenos dias!

JORGE. Buenos, señor Beltran!

BELT. Tengo que hablarte, Andrés.

JORGE. A mí?

BELT. Sí; mas seré breve.

JORGE. Iba á rogártelo.

BELT. Sea. Yo amaba á una honesta y lindísima jóven, y ella, al parecer, me correspondia, más aún; sus padres habian dado su consentimiento, y estaba concertada nuestra boda. (Pausa.) Se declaró la guerra; me alisté voluntario, y marché al ejército, confiando en la fidelidad de aquella mujer. (Pausa.) A mi vuelta, Julia habia hecho traicion al obrero, y faltado á la

palabra que, al partir, dió al soldado!... Amaba á un desconocido... á un carpintero llamado Andrés!...

JORGE. Beltran, estais en un error al suponer...

BELT. No; no me engañé. Mientras yo me batia, cumpliendo un santo deber, tú me robabas su corazon, y con él mi alegría y mi esperanza!

JORGE. Yo? Estais loco? Yo no amo, no puedo amar á esa jóven.

BELT. Mentís!!

JORGE. Beltran!

BELT. Eso lo dices, ó por delicadeza ó... por cobardía...

JORGE. (Conteniéndose.) No me amedrentan ni intimidan vuestras provocaciones, pero un deber imperioso me obliga á tratar de disuadiros, á desvanecer tan absurda sospecha. Leo en vuestros ojos el ódio que os inspiro; comprendo que deseais arrastrarme á un duelo... (Seña afirmativa de Beltran.) Mas nunca me batiré con vos: si tal hiciese, confesaria que era vuestro rival, pagando así con la deshonra la hospitalidad que en esta casa he recibido. Yo os juro, por mi honor, que ni amo, ni creo ser amado de Julia.

BELT. En vano buscas pretexto para evitar un duelo. Sólo por ella late mi corazon, y solo con ella puedo quedar satisfecho! No hay otro medio, te batirás; porque si no... (Dándole un golpe en el hombro.)

JORGE. Ah!! (Se lleva la mano donde figura tener la herida, y cae agobiado por el dolor en el banco.)

ESCENA VI.

DICHOS.—LUISA, sale de la casa, ve vacilar á Jorge, y acude á sostenerlo.

LUISA. Cielos!!

BELT. (Sorprendido.) (Cómo! Esa palidez! No hay duda, ese hombre está herido en el hombro! (Recordando.) Sí; donde me dijo Roberto! El supuesto carpintero, es...) todo era cierto... Fué un infa-

me ardid que empleaste para estar junto á ella!... Para seducirla...

LUISA. Qué decís? A quién?

BELT. Te reconozco!... Tú no eres Andrés... tu nombre es Jorge Bernad!

LUISA. Oh, callad! Que no os oigan!

JORGE. (Reponiéndose.) Pues bien; sí, yo soy. Puesto que tanto me odias, no tardes en denunciarme!

BELT. Yo?

LUISA. (Abrazando á Jorge.) Podeis denunciarnos á los dos.

BELT. Pero vos, señora, quién sois?

LUISA. Su prima Luisa Bernad: la que será su esposa!

BELT. Su esposa! Vos la esposa del que me ha robado el cariño de mi prometida?

LUISA. Tú!... (A Beltran.) Jorge?... Eso no es cierto... No es posible... (Con resolucion.) No lo creo.

JORGE. (Abrazándola.) Luisa!

LUISA. Quién podrá disputarme su cariño? (A Beltran.) Y quién es esa rival que habeis soñado?

BELT. Julia.

LUISA. Julia! La generosa, la caritativa y angelical criatura que con tanta asiduidad y esmero te cuidó? La que te salvó de la muerte? (A Beltran.) Luego juzgais á Jorge Bernad capaz de pagar el beneficio con el ultraje, y la hospitalidad con la seduccion? Mentís!

BELT. Señora!...

LUISA. Os digo que mentís, y que vuestro proceder es ó el de un loco ó el de un malvado.

BELT. Mas...

LUISA. En el primer caso, oid: Amo á Jorge: él es mi único bien, mi porvenir, mi vida... Ved; estrecho sus manos en las mias; leo en sus ojos que me ama, que no puede amar á nadie!

JORGE. Luisa mia!

LUISA. En el segundo... Si fuéseis lo que no puedo creer, un malvado... podeis perdernos; no tardeis! Id y entregadnos á nuestros verdugos. Sólo la muerte me separará de él!

ESCENA VII.

Los mismos. — Gaspar. — Julia. — Catalina y Grabalotte.

Gasp. Silencio! Hácia aquí se dirige un escuadron de agentes de policía, capitaneados por mi primo Roberto.

Luisa. Roberto! Oh! Antes morir que caer en poder de ese miserable.

Cat. Pero, podrás decirme cómo has sabido?...

Gasp. Por confidencia de su criado.

Grab. Amigo señor Gaspar, criado no, amigo de... su confianza! Pero él no lo es de la mia y quiere cambiar de empleo.

Gasp. Lo que no comprendo, es... cómo se dirigen por este lado del campo! Mi casa, mejor dicho, la puerta por donde nos comunicamos con ella, está en ese otro, en la calle Plumet.

Grab. Sin duda no debe saberlo!... Fermin, el criado que fué á buscar el carruaje, y á quien no permitísteis que subiera, os siguió y dió parte del lugar en que habíais entrado; yo, que estaba presente, oí las órdenes que se dieron, y como soy vuestro acreedor, y vuestro amigo verdadero, vine á preveniros.

Jul. Pero, qué quieren? Qué buscan aquí?

Grab. A la señorita Luisa Bernad.

Cat. } A ella?
Jul. }

Jorge. A Luisa?

Gasp. Cómo salvarla, Dios mio!

Belt. Esperad! Tal vez haya un medio.

Gasp. Habla.

Belt. (Respetuosamente á Luisa.) No soy un malvado como habeis creido, sino, como habeis dicho muy bien, un pobre loco, incapaz de cometer una infamia. Quereis confiar á este humilde soldado, á este hijo del pueblo, vuestra custodia y vuestra libertad?...

Luisa. A vos?

GASP. Confiad en él! Es un hombre honrado.
BELT. Respondo de vos con mi vida.
LUISA. Acepto.
BELT. Oh! Gracias!
JORGE. Pero yo quiero acompañarte, Luisa; yo te defenderé.
BELT. Eso no es posible. Roberto sabe que aquí fué, y es socorrido un carpintero llamado Andrés; busca con empeño á Jorge Bernad, sabe que fué herido... y una desaparicion repentina, pudiera hacerle sospechar...
CAT. Es verdad.
BELT. Además, señor Jorge, tened en cuenta que Catalina... y su hija os han dado asilo, y que una imprudencia puede perderlas.
JORGE. Me quedaré. Adios, Luisa.
LUISA. Jorge; sea nuestra suerte la que quiera, yo juro ante Dios, que viviré ó moriré contigo!
GRAB. Pronto; ahí vienen! No hay tiempo que perder... (Huyamos de las confianzas de mi amigo.) (Vase corriendo derecha.)
LUISA. Adios!
TODOS. Adios! (Luisa y Beltran vanse derecha.)
GASP. Ahora nosotros, serenidad, y no hay que turbarse. (A su hija.) Enjuga esas lágrimas... procura estar alegre; y tú, Catalina, baja más la cabeza, para que no noten esa palidez. (A todos.) Cuidado! Ya están aquí.

ESCENA VIII.

CATALINA.—JULIA.—JORGE.—GASPAR.—ROBERTO.—GERÓNIMO.—FERMIN.—UN SARGENTO DE VILLA.—SOLDADOS.—AGENTES DE POLICÍA.

ROB. (Al sargento.) Ordenad que se cerque toda la casa. (El sargento dá las órdenes; algunos soldados entran por la derecha, otros por la izquierda y el resto se quedan al foro.)
GASP. Hola! Es el primo Roberto! Bravo! Primo mio! Fuí á visitarte esta mañana, y ya vienes á pagarme la visita?

ROB. Así es! Mas no pienso molestarte mucho tiempo! Espero encontrar muy pronto lo que vengo á buscar en tu casa!

GER. (Que, desde su entrada, no ha quitado la vista de Jorge, se acerca á Roberto y le habla secretamente.) Señor!.. Aquél es Jorge Bernad.

ROB. Qué dices? Estás seguro? Ahora lo veremos.

GASP. Pero, para qué tanta gente? Se teme que haya entrado en este jardin algun hulano, ó se trata de buscar alguna persona sospechosa?

ROB. Lo adivinaste! Aunque tal vez... (Fijando la vista en Jorge.) en lugar de una, pudiera suceder que se encontrasen dos.

CAT. (Qué dice?)

JUL. (Dios mio!)

GASP. Magnífico! Pues nada; está bien. Busquen... busquen... Catalina... hija mia .. dad las llaves... (Valor!) Y tú, Andrés, la tuya tambien.

JORGE. La mia está puesta, y el cuarto abierto... (Entran en la casa Gerónimo, Fermin y varios soldados y agentes.)

GASP. Pasad, caballeros, pasad. Os advierto que no habito más que las boardillas; debeis dirigiros á ellas principalmente.

ROB. (Cogiendo de un brazo á Gaspar, y trayéndolo al proscenio.) Conque tú no conoces á la persona que yo busco, querido primo? Pues yo creia que te interesabas por ella... á hurtadillas de tu mujer y de tu hija, como era natural. Mas una jóven como aquella no merece tu interés, ni el de ninguna persona honrada.

GASP. (Infame!)

ROB. Oh! Yo conozco perfectamente á Luisa Bernad!...

JORGE. (Qué dice?)

ROB. (Con marcada intencion y dirigiéndose á Jorge, cuya agitacion aumenta.) Hubo un tiempo en que tuve la debilidad de galantearla, de hacerla la córte, pero me rechazó con el más insolente desprecio, no por virtud, sino por orgullo, por ódio de partido. Qué le importaba un amante más á la que tantos otros habia tenido!

JORGE. (Se levanta indignado para lanzarse sobre Roberto. Gaspár se interpone.) Miserable!!

CAT. } Cielos!
JUL. }

ROB. (Con satisfaccion.) Ah! Bien!

GASP. (Todo se ha perdido!)

ROB. Jorge Bernad! Ten presente que al entregarte tú mismo á la justicia, arrastras contigo á todos los que están aquí!... A todos los que te habian ocultado á las pesquisas del Gobierno!

JUL. Madre mia!

JORGE. (Oh! Desdichado de mí! Qué es lo que he hecho?) (Salen de la casa Gerónimo, Fermin, Sargento y los soldados y Agentes que entraron.)

GER. Señor; nadie se ha encontrado.

ROB. (A Gaspar.) Luisa no se halla aquí; ha desaparecido... Pero te obligaré á decirme dónde se oculta.

GASP. (A Roberto.) Pruébalo. Te desafío!

ROB. (Alto.) Señores, prended á ese hombre. Es el capitan Jorge Bernad. (Los soldados se apoderan de Jorge) Tambien es mi deber recordaros que esas dos mujeres que le dieron asilo, deben ser presas á su vez.

CAT. Gaspar!

JUL. Padre mio!

GASP. Catalina!... Hija!... (Corre á abrazarlas, los soldados lo impiden.) Mandadme prender á mí tambien. Yo soy su cómplice!

ROB. (Aparte á Gaspar.) La libertad que te dejo puedes dársela á ellas. Díme dónde está Luisa, y serán libres. (Los soldados arrastran á Catalina y Julia.)

GASP. No!!

CAT. Dejadme!

JUL. Madre mia!

GASP. (Fuera de sí se desprende de Gerónimo y Fermin, y quiere seguirlas) No; no quiero que se las lleven!... Es mi mujer! Es mi hija! (Varios soldados se interponen; uno de aquellos hiere á Gaspar con la bayoneta.) Ah!

JUL. Padre!!

CAT. Gaspar!!

GASP. Hija mia!! Catalina! Perdidas... Perdidas tal vez para siempre!... Ah! (Cae desplomado á consecuencia de la herida. Todos han desaparecido por el foro. Grabalotte que se asoma por la puerta derecha, reconoce á Gaspar, y lanzando un grito acude presuroso en su auxilio.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUADRO PRIMERO.

Una boardilla, pobremente amueblada; á la derecha la puerta de entrada, en primer término; al foro, ventana; á la izquierda dos puertas que comunican con el interior.

ESCENA PRIMERA.

GRABALOTTE.—BELTRAN.—Al levantarse el telon aparece la escena sola. A poco Grabalotte sale segunda puerta izquierda, seguido de Beltran.

GRAB. (Mirando á todas partes, desde el dintel.) No hay nadie! Esperad! Voy á ver... (Mirando por la cerradura puerta primera izquierda derecha.) Aquí están!

BELT. Y Gaspar?

GRAB. Tambien. Pero, qué pálido, qué abatido!

BELT. Infames!!

GRAB. Chist! Callad, no echeis á perder el plan que tengo formado, y para que salga bien, es preciso que no desconfien de mí, ni de vos.

BELT. Qué hacen?

GRAB. (Vuelve á mirar por la cerradura.) Juegan y beben al lado de su víctima. Oidme. El no haberle en-

tregado á la justicia, es sin duda con el objeto de quererle arrancar el secreto acerca del paradero de la señorita Luisa.

BELT. Sí; pero eso es imposible. Ese secreto no le conoce Gaspar.

GRAB. No le conocemos nadie, excepto vos.

BELT. Ni le conocerán, mientras yo aliente.

GRAB. Pues bien! El señor Roberto no tardará en venir á sonsacarle: yo acecho la ocasion en que saquen al herido á esta sala; procuro alejar á mi amigo, con cualquier pretexto, que ese no ha de faltarme, y entonces vos, que esperareis en la escalera que dá á ese cuarto...

BELT. Entendido: hé aquí la llave. (Gritos y voces confusas.)

GRAB. (Corre á la ventana.) Oís?...

BELT. Qué pasa?

GRAB. (Bajando.) Viva! Viva!

BELT. (Señalando á la primera puerta izquierda.) Silencio!

GRAB. (A la cerradura.) No hay miedo: esa gente, cuando... (Señas de beber.) no oyen. (Siguen las voces y Grabalotte en la ventana.)

BELT. Pero, en fin, sepamos, qué es eso?

GRAB. Toma! Lo que me dijísteis! Que ya se armó!... Viva!

BELT. Grabalotte! No hay tiempo que perder! Es indispensable que salvemos á Gaspar, para que sea la custodia, la salvaguardia de la señorita Luisa... yo, no me pertenezco; puedo morir, y...

GRAB. Chist!... Callad! (Observando por la cerradura.) Se han levantado; vienen! A vuestro puesto! Vivo! Yo al mio... A fingir, á disimular esperando á mi querido amigo. (Vase puerta derecha. Beltran segunda izquierda.)

ESCENA II.

GERÓNIMO.—FERMIN. (Puerta primera izquierda.)

GER. Nadie! Lo estás viendo? Si hubiera venido el señor Roberto, hubiese llamado.

FERM. Pues yo juraria haber oido... Además, es tarde; nuestras provisiones se han concluido, y me fastidio de estar tanto tiempo al lado del enfermo.

GER. No es muy agradable, que digamos, el servir de enfermeros á ese viejo comerciante de limonada.

FERM. Me parece que oigo pasos en la escalera...

GER. Vete dentro... es él! (Vase Fermin segunda puerta izquierda.)

ESCENA III.

ROBERTO (puerta derecha.)—GERÓNIMO.

ROB. Cómo se encuentra?

GER. Lo mismo. Echado sobre la cama, no ha permitido desnudarse. Tal vez sería conveniente llamar á un médico.

ROB. Estás loco? Para que Gaspar le dijese que nosotros le conservábamos preso en su propia casa!

GER. Y si llegan á saber?...

ROB. Qué? Que Gaspar fué herido, y que habiendo sido presas su mujer y su hija, yo, su primo y único pariente, me encargué de velar por su existencia? No veo en todo esto sino una accion muy laudable y muy caritativa.

GER. Es verdad.

ROB. Habló mucho esta noche?

GER. Siempre llamando á su mujer y á su hija.

ROB. Y de Luisa?...

GER. Lo que vos oísteis; despues, nada.

ROB. Voy á interrogarle, y espero que hoy le obligaré á que me confiese la verdad.

GER. Si quereis estar solo con él, llamaré á Fermin.

ROB. No: aquello es muy estrecho y me sofoca; sacadlo aquí!

GER. Podremos irnos despues á descansar?

ROB. Sí; pero... cuidado; hay alguna alarma en el pueblo... las noticias recibidas de la guerra son fatales, y debemos estar muy prevenidos!...

GER. Descuidad! (Entra primera puerta izquierda.)

ESCENA IV.

ROBERTO.

Ninguna señal, ningun indicio, por el que pueda descubrirse el paradero de Luisa; pero aun me queda Gaspar, aun me resta ese imbécil, á quien puedo hacer temblar por la suerte de aquellas á quienes ama!

ESCENA V.

GERÓNIMO y FERMIN, traen á GASPAR, sostenido por los brazos.

GER. Aquí podeis sentaros. (Le sientan.)

ROB. Dejadnos. (Gerónimo y Fermin vanse puerta derecha.) (Cada vez más abatido!) (Tocándole en un hombro.) Gaspar?

GASP. Quién es? Ah! Eres tú, Roberto? (Deja caer la cabeza sobre el pecho)

ROB. No quieres verme? No es así? Te molesta mi presencia? Pues si no fuese por mí, hubieras muerto de la herida que recibiste! Yo dispuse que te trajesen aquí... á tu casa, y desde aquel momento, no dejé de prodigarte los mayores cuidados, velando siempre á la cabecera de tu lecho.

GASP. Velando por mí!...

ROB. Así es; quiero que sea á mí, á mí solo á quien debas tu curacion, porque deseo conquistar tu afecto y tu reconocimiento.

GASP. (Reanimándose.) Mi reconocimiento? Ah! con una sola palabra, si quieres, puede ser tuyo eternamente! Háblame de ellas; de Catalina... de mi hija!... Qué ha sido de ellas?

ROB. Qué has hecho tú de Luisa Bernad?

GASP. Juro, por la vida de esa pobre niña, que ignoro su paradero!

ROB. Está bien! Si ignoras dónde se oculta Luisa, sabrás entonces á quién la confiaste?

GASP. Yo?

ROB. Oyeme. Anoche hubo un momento en que tus crispadas y ardientes manos abrasaban, tus labios se secaron, tus amortiguados ojos se animaron de repente, y á la fiebre siguió un espantoso delirio... empezaste á gritar, á referir en voz alta...

GASP. (Aterrado.) Qué he dicho? Qué he contado?

ROB. Creias encontrarte en el momento en que los soldados se apoderaron de tu mujer y de tu hija... Entonces, queriendo salvar á Luisa, gritaste: «Llévala de aquí; defiéndela... salva á esa inocente niña. Te confio su honra y su vida... tú eres un hombre honrado... un valiente!...»

GASP. Y despues?...

ROB. Un nombre espiró en tus labios, que no pude comprender.

GASP. Ah! Bendito seas, Dios mio!

ROB. Pero, no importa, tú me lo dirás...

GASP. Nunca!

ROB. Olvidas que estás en mi poder?

GASP. No! no hablaré... no hablaré... la indignacion me dará fuerzas para arrancarme de tus manos. (Se levanta, haciendo esfuerzos.) Pediré socorro!... alguien vendrá, y te denunciará, miserable!... (Al querer dar un paso sobre Roberto, éste le repele y cae desplomado á sus piés.)

ROB. Já! já! já!

GASP. (Con desesperacion.) Ah! No eres sólo cruel... Eres tambien cobarde! Insultar á un hombre herido, débil, moribundo... Mátame; es mejor... mátame!

ROB. Tuya es la culpa... la cólera te arrebata, y... vamos, sosiégate, si quieres que nos entendamos.

GASP. Déjame! Déjame! (Retrocede hasta la silla, y se envuelve en la manta que habrá sacado.) Oh! cuánto sufro!.. tantas emociones... tengo frio! tengo frio, y sin embargo me abrasa la sangre en las venas!

ROB. (Observándole.) Ah!

GASP. Me abraso!... Me ahogo!... Tengo sed... agua... dame agua.

ROB. (Va al foro y toma de la mesa botella y vaso; baja hasta donde está Gaspar y llena el vaso lentamente.) Aquí la tenemos.

GASP. Dame, por piedad, dame.

ROB. (Retirando el vaso.) Espera... Quieres decirme dónde está Luisa?

GASP. Oh! No lo sé.

ROB. Bien. La sed que te devora es la fiebre que empieza... el delirio no puede tardar, y como el pensamiento de Luisa ocupa en este momento tu espíritu, hablarás de ella y yo lo sabré todo. (Coloca el vaso en la mesa próxima á la silla en que se encuentra Gaspar.)

GASP. (Cuyo delirio aumenta.) De Luisa? No! nunca!... no pensaré en ella!... no hablaré!... no la nombraré!... Pensaré en mi Julia... en mi Catalina... Ah! Cuánto las amo! Son tan buenas!... Ya no me acusan como en otro tiempo, cuando me creian un mal esposo, un mal padre! Ahora mi encantadora Julia, mi idolatrada hija, me besa, me abraza; sabe que no soy un perdido, que no era para mí el dinero que yo las arrebataba, que era para sostener á otra... para ella.

ROB. Ah!

GASP. Sí, para ella... tan hermosa, tan buena... y tan desgraciada! La traigo aquí tambien...

ROB. (En voz baja.) Sigue...

GASP. Y has de quererla mucho, Julia mia, y tú tambien, viejecita... mi pobre Catalina! (Se incorpora y escucha mirando á la puerta derecha.) Silencio! viene gente... es él! es Roberto!... Dios mio, cómo salvarla?... Eh? Tú... (Figura que habla á alguno.) Dices que respondes de ella con tu vida? Ah, sí, te creo; eres un hombre honrado!... un valiente!... (La puerta de la derecha se abre con fuerza y sale Grabalotte precipitadamente.)

GRAB. Señor Roberto! Señor Roberto!

ROB. Qué es eso? Qué vienes á hacer aquí?

ESCENA V.

DICHOS.—GRABALOTTE.

GRAB. Corred, volad... No sabeis?... El pueblo... la guardia móvil... los...

ROB. Y bien?

GRAB. Se construyen barricadas... se pronuncian alarmantes discursos, proclamando en ellos principios de libertad, igualdad y fraternidad.

ROB. (Paseándose agitadamente.) Y qué hacer?

GRAB. No os detengais... Pretenden derribar el imperio, y quieren el gobierno... Cómo dicen?... Ah! sí! el gobierno de todos por todos. Y esto lo pide... (No se irá!)

ROB. El populacho... Mendigos andrajosos... la canalla...

GRAB. No sé; así será; pero yo les oí con respeto. Y sabeis lo que contestó un señor que estaba á mi lado, á otro que se expresaba del modo que lo haceis vos?... Pues oid, lo aprendí de memoria: «Los mendigos formaron la Holanda! El populacho salvó muchas veces á Roma, y la canalla seguia á Jesucristo. De esa canalla, de esos miserables, como vosotros los privilegiados llamais, salieron los apóstoles, los mártires, y saldrá la libertad de todos los pueblos.»

ROB. Basta!

GRAB. Es verdad; yo os entretengo con mis cuentos, y el señor Doubal os espera.

ROB. Es preciso. (Mirando á Gaspar y cogiendo su baston y sombrero.) Y en qué momento! Corramos... (Dirigiéndose a la puerta derecha.)

GRAB. Sí, sí, corred.

ROB. Ven conmigo.

GRAB. Yo? Cómo? (Beltran que me espera... será preciso avisarle.)

ROB. Vamos!

GRAB. Mas este hombre quedará solo?

ROB. No importa, sígueme.

GRAB. Pobre Gaspar! (Coge con lamayor rapidez, y ocultándose de Roberto, el vaso que está en la mesa, y le coloca junto á Gaspar.)

ROB. (Volviéndose.) Pero, no has oido?

GRAB. Sí, amigo mio; ya os sigo. (Verdugo!... Ya te daré yo populacho!) (Vase tras Roberto.)

ESCENA VI.

GASPAR, solo.

Ah! Esta sed me mata! Nadie. Estoy sólo!... Y Roberto? Oh! Se ha marchado sin decirme nada de mi mujer ni de mi hija... sin quererme dar un poco de agua que apague esta sed que me devora... Dios mio! Dios mio! (Ve la botella que está sobre la mesa.) Allí está... Si yo pudiera... Si yo tuviera fuerzas para llegar hasta allí!... (Quiere levantarse y cae.) No puedo! No puedo! (Viendo el vaso á su lado.) Ah! (Bebe con avidez.) Quien quiera que sea el que se haya compadecido de mí, bendito sea mil veces! (Se echa sobre la mesa.)

ESCENA VII.

GASPAR.—BELTRAN, segunda puerta izquierda.

BELT. (Abre la puerta con precaucion, y mira á todas partes.) Qué es esto? Cómo tarda en avisarme Grabalotte! Este cuarto abierto... Gaspar!

GASP. Eh! Quién me llama?

BELT. (Reconociéndole.) Cielos!

GASP. Beltran! Cómo es esto? Cómo estás aquí? Cómo has venido? Habla! Habla! Por Dios!

BELT. Tengo la llave de esa puerta y vengo decidido á sacaros de aquí.

GASP. Si te viesen?...

BELT. Nada receleis. Ya no les temo.

GASP. Cómo? No te comprendo!

BELT. Quiero daros noticias de vuestra esposa y de la encantadora Julia.

GASP. Noticias de ellas? Las has visto? Las has hablado? Beltran, amigo mio... Hijo mio, gracias!

BELT. Por ese diablo de Grabalotte, que posee un gran corazon, supe donde estaban detenidas, y vengo resuelto á cumplir lo que las he prometido.

GASP. Ah! Mi buena Catalina! Si yo pudiese acudir á salvaros!...

BELT. Las salvaremos.

GASP. Qué dices?

BELT. Sí; las salvaremos, como salvaremos á la Francia.

GASP. No te comprendo!

BELT. Ha llegado la hora de la protesta enérgica contra tanta infamia, y el pueblo francés, sin distincion de clases ni opiniones, se lanza á la lucha, al grito de independencia y libertad. Oís? (Rumores lejanos y algunos disparos confusos.)

GASP. Oh! sí, sí... si yo pudiese... (Intenta levantarse.)

BELT. Vos no! Vos no podeis! Yo soy el que debo... venid... Salgamos de aquí, que os vea yo libre, seguro y al lado de la señorita Luisa, y entonces...

GASP. Sí; estoy mejor. Parece que la esperanza me dá fuerza... Animo, Gaspar; se trata de salvar á tu mujer y á tu hija... (Ruido fuera.)

BELT. Callad! (Escuchando.) Creo que vienen...

GASP. Ya?

BELT. No me engaño! Oigo voces en la escalera. Ellos son! Corramos! (Llevándose á Gaspar casi en brazos.)

GASP. Dios mio! Dadme valor y fuerzas! (Vánse puerta segunda izquierda.)

ESCENA VIII.

ROBERTO.— GRABALOTTE.—FERMIN.—Despues GERÓNIMO.

Vienen agitados, y en el trage se nota algun desorden.

ROB. Ira del cielo!

FERM. Tratarnos así!

GRAB. De buena habeis escapado, querian arrastraros... (Toma, toma populacho!)

ROB. (Paseándose agitado.) Yo les prometo!...

FERM. Y no habeis oido uno que gritaba: «A esos... ahí van... son dos polizontes!»

ROB. Sí?

GRAB. Algun mendigo andrajoso. (Era yo.) Algun canalla!

FERM. Por fortuna estábamos cerca y pudimos refugiarnos aquí... que si no!...

GRAB. (Os escabechan!)

ROB. Y Gaspar? Qué ha sido de mi primo Gaspar?

FERM. No sé; estará allí. (Primera izquierda.)

GRAB. (O en otra parte!)

ROB. Pero, cómo? si... (Entra primera izquierda.)

FERM. Malo vá esto para nosotros, señor Grabalotte!

GRAB. Ya!... Ya veo! (Peor te ha de ir!)

ROB. (Saliendo.) Nadie! Aquí no está.

GRAB. Cómo, señor! Que no está?

ROB. Esa puerta? (Segunda izquierda.)

FERM. Cerrada.

GRAB. Quién pudo sacarle de aquí?

ROB. Huyó!... (Viendo salir á Gerónimo.) Qué quieres, Gerónimo? (Hablan en voz baja.)

GRAB. Huyó!!... ah! infame! ah! Bribon! (Restregándose las manos con alegria.) (Se salvó!)

ROB. (A Gerónimo con marcada satisfaccion.) Es cierto lo que me dices?

GER. Ciertísimo, señor.

ROB. Ah! Luisa! Bien sabía yo que tú misma vendrias á ponerte entre mis manos. Seguidme.

GRAB. (Quedándose atrás) A este amigo mio, habrá que despacharle... (Haciendo señas de cortar el cuello.) en confianza. (Desaparece precipitadamente con los otros.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Sala del Palacio de Justicia. Al fondo escalinata, que conduce al patio y á las salas de la Audiencia. A la izquierda, puerta pequeña. A la derecha, puerta grande. Verja de hierro que dá al patio interior de la prision.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA.—JULIA.—JORGE, y presos de ambos sexos.—Al levantarse el telon, Catalina y Julia están sentadas en un banco. Diferentes grupos de presos.—ANTONIO, entra por la puerta derecha, conduciendo á Jorge.

ANT. (Despues de leer un papel que trae en la mano.) Escuchadme todos los acusados en la conspiracion del tres de Agosto, y sus cómplices. Dentro de breves instantes, se reunirá el tribunal para juzgaros. (Entra por el foro, por donde poco á poco van saliendo los presos, que no hablan.)

JUL. Jorge!

JORGE. Amigas mias!

CAT. Habeis oido? Dentro de breves instantes!...

JORGE. Nada temo por mí! Pero mucho por vosotras que sois inocentes... Y Luisa? Dónde estará Luisa?

JUL. Tranquilizáos; no paseis por ella pena. Conozco bien á Beltran y respondo de él.

ESCENA II.

DICHOS y GRABALOTTE, por el foro, cantando el coro de «Los Brigantes.»

GRAB. Oir sonar las botas, las botas, las botas, las botas...

JORGE, JUL. y CAT. Grabalotte!

GRAB. De los carabineros... de los carabineros.

CAT. (A Grabalotte.) Y Gaspar?

JORGE. (Al mismo.) Y Luisa?

GRAB. (A Catalina y Julia.) (Subid al patio sin hacer caso de mí, y silencio. Quedáos; (A Jorge.) las hago salir, porque la señorita Luisa no tardará en venir aquí.)

JORGE. Presa?

GRAB. No; ha alcanzado una licencia para venir á veros bajo un nombre supuesto.

JORGE. Luisa aquí!

GRAB. (Notando que Antonio le mira.) Callad. (Cantando.) Venimos tras monte Leon, sin dar á las botas betun...

ANT. Qué haces aquí?

GRAB. Toma! No lo sabeis? Estoy al servicio del señor Roberto!

ANT. Lo sé... Y si así no fuese... Mas lo que te pregunto es, qué haces aquí, y qué servicio es ese?

GRAB. Engañar á los tontos! (Medio mutis.)

ANT. Oye, ven acá!

GRAB. Qué quereis?

ANT. Me pareció que hablabas con aquel preso. (Señalando á Jorge.)

GRAB. Pues claro es que hablé! En servicio de mi empleo.

ANT. Pero, qué empleo es ese?

GRAB. El de espía. Paso por un víctima del Gobierno á la vista de los presos; hablo con ellos, les engaño... Comprendeis?... Habeis comprendido? Esto es muy comun, y muy antiguo.

ANT. Comprendo.

GRAB. (La señorita Luisa!) No conviene que os vean hablar mucho conmigo... pueden desconfiar...

ANT. Tienes razon. Adios! (Un carcelero abre por fuera la puerta derecha, por la que sale Luisa.)

GRAB. (A Jorge.) Ahí está

JORGE. Luisa?

GRAB. Silencio!

ANT. Eh?

GRAB. (Cantando.) Hay quien dice que soy portugués. (Vase cantando.)

ESCENA III.

JORGE.—LUISA.—ANTONIO.

ANT. (A Luisa.) Qué quereis?

LUISA. Tengo licencia para poder penetrar hasta aquí. (Le entrega un papel.) Tomad.

ANT. Vuestro nombre?

LUISA. Julieta Artand.

ANT. En qué os ocupais?

LUISA. Soy florista.

ANT. Dónde vivís?

LUISA. Calle de Gravilliers.

ANT. Está bien. Os dejo con el preso que deseais ver; mas no os detengais mucho.

LUISA. Descuidad. (Vase Antonio.)

ESCENA IV.

JORGE.—LUISA.

JORGE. Luisa!

LUISA. Héme aquí al fin á tu lado!

JORGE. Pero en este sitio!...

LUISA. Recuerda lo que te ofrecí al separarnos! Vengo á cumplir mi juramento.

JORGE. Desdichada! Qué esperas al dar este paso?

LUISA. Qué espero?... No lo sabes? Estar á tu lado; verte, hablarte; no pensé, no quise saber nada más. Pues qué, no harias tú lo mismo? Oh! Bien segura estoy de que no hubieras dudado un solo instante... que ningun obstáculo te hubiera impedido volar al lado de tu Luisa! Yo sí que te pareceré culpable...

JORGE. Tú, angel mio! De qué?

LUISA. Pero no me querrás mal por eso? No es verdad?

JORGE. Yo quererte mal?

LUISA. No fué mia la culpa; fué Beltran el que me ha

impedido venir antes... Beltran, que me decia: «Yo soy responsable de vuestra vida, y no os lo consiento.» Nunca se lo perdonaré. Te sonries? Ah! Esa sonrisa, Jorge mío, me hace mucho bien! Es decir que me perdonas?... que olvidas?...

JORGE. Querida Luisa; al verte, al hablarte, todo lo olvido en el mundo. Mas cómo pudiste penetrar hasta aquí?

LUISA. Cómo? Anoche tuve un sueño horrible... Estabas sentenciado á muerte; te veía marchar al cadalso, y escuchaba tu voz, que me decía: «Luisa! Luisa! Será posible que no pueda estrecharte entre mis brazos antes de morir!» Esto era un aviso del cielo! Yo debía volar á reunirme contigo, y nada en el mundo sería capaz de detenerme! Luego que amaneció, dí voces, llamé á Beltran, y le dije: «Decís que sois responsable de mi vida? Pues bien! Si dentro de una hora no me dejais en libertad, me mataré!»

JORGE. Oh!

LUISA. Muy terrible y decidido debió ser el acento con que pronuncié estas palabras, porque el valiente soldado tuvo miedo, me dejó libre, y me prometió volver trayéndome una licencia.

JORGE. Y fué Beltran quien la obtuvo?

LUISA. No! Cansada de esperarle, fuí yo misma á pedirla en la Prefectura.

JORGE. Pero podias ser reconocida, presa...

LUISA. Es verdad! Mas Dios me protegió! Me presenté resuelta y animosa para no inspirar sospechas, y no encontré la menor oposicion á mi ruego; parece que las puertas se abrian por sí solas... Hasta llegué á creer que un guía invisible, un protector misterioso...

ESCENA V.

LOS MISMOS.—ROBERTO.

ROB. Y no os engañábais!... Era yo ese protector!

LUISA. Ah!

JORGE. Vos?

ROB. Sí, yo. Y debeis agradecer el que os haya proporcionado tan agradable sorpresa!

JORGE. Pero, era un lazo... una traicion infame!

LUISA. Una infamia más!... debiérais decir. Pero, qué me admira? Qué otra cosa pudiera esperarse de ese hombre... de ese cobarde?...

ROB. Ah!

JORGE. (Interrumpiéndole.) Ni una palabra más, Luisa mia! Hay personas que no merecen la cólera, ni áun el desprecio de las gentes honradas. (Antonio se presenta en la escalinata con dos soldados.)

ANT. El tribunal espera al acusado Jorge Bernad!

ROB. Al punto vá.

JORGE. Yo?

LUISA. Puedes ir, Jorge; yo te esperaré!

JORGE. Pero, dejarte con ese hombre!...

LUISA. Y por qué no? Te juro que no abrigo el menor recelo. Estoy aquí tan tranquila, como pudiera estarlo en los salones de mi infortunado padre. Nunca me sentí con tanto valor! Creo que hasta la muerte se avergonzaria de mi desden, si ahora viniese á arrebatarnos juntos!

JORGE. Ah! Luisa! Cuán digna eres del hombre que te dió el sér! Tienes el corazon de una heroina!

LUISA. No, Jorge; el corazon de una mujer que ama.

JORGE. (Abrazándola.) Adios, Luisa!

LUISA. Te espero. (Jorge sube la escalinata y desaparece por el foro. Los soldados y Antonio le siguen.)

ESCENA VI.

LUISA.—ROBERTO.

ROB. Por fin volvemos á encontrarnos! Ya lo veis: mis cálculos eran exactos al suponer que vos misma habíais de venir á entregaros en mi poder.

LUISA. Yo? Dejadme... No quiero escucharos!

ROB. Y sin embargo, me escucharéis, si no de grado, por fuerza!

LUISA. Vuestra fuerza no me intimida, ya lo sabeis; al contrario, la desafío y la desprecio.

ROB. Pero, insensata! No comprendeis que si yo quiero os mando prender ahora mismo?

LUISA. Puesto que podeis... mandadlo.

ROB. Que para ello basta con que yo diga una palabra?

LUISA. Decidla.

ROB. Hacer una señal?

LUISA. Hacedla.

ROB. Recordad que aún tengo otras armas con que abatir vuestro orgullo!

LUISA. Si lo creeis así, no tardeis en experimentarlo! Tranquila y serena aguardo la prueba.

ROB. Y vereis con esa imperturbable serenidad la condenacion de Julia?

LUISA. (Aterrada.) Julia!

ROB. La muerte de Catalina, su madre, la de Gaspar, la de vuestro prometido esposo?...

LUISA. Dios mio!

ROB. Qué es eso? Ya palideceis? Temblais?... Já, já, já!... Oid. (Bajando la voz.) En cuanto al único protector que os resta, aún no hemos podido dar con él; pero ya comprendereis que luego, cuando salgais de aquí, os mandaré seguir por mis esbirros y sereis vos misma quien lo entregará á sus perseguidores. Entonces, abandonada, sola, sin tener quien os proteja, volvereis á caer en mis manos, y yo os juro que esta vez nadie vendrá á arrancaros de mi poder. (Catalina, Julia y los demás presos han ido apareciendo sobre la escalinata del fondo.)

ESCENA VII.

DICHOS.—CATALINA.—JULIA.—LOS PRESOS.

LUISA. Te engañas, miserable! Aun no conoces el corazon de la mujer que defiende su honor, y su virtud. (Levantando la voz.) Oid! Aproximaos. Venid aquí todos. Yo soy la hija del general Bernad!

ROB. Callad! (Rumor entre los presos todos se descubren.)

JUL. }
CAT. } Luisa!

LUISA. Mi padre conspiró como vosotros. Lo oís? Los que han supuesto otra cosa, calumniaron villanamente su memoria. Así, pues, yo, como vosotros, soy culpable, y estoy pronta á morir por tan justa causa. (A Roberto.) Ya ves, miserable, que tu poder no es tan grande como decías, cuando una pobre mujer, sola y abandonada de todos, encuentra un asilo donde refugiarse contra tus infames persecuciones; aquí, en un encierro, y al lado de las víctimas de la tiranía. Ese es mi puesto. (A los presos.) Dadme lugar en vuestras filas, mártires de la libertad!

JUL. }
CAT. } (Abrazándola) Luisa!

LUISA. Julia! Madre mia! Oh! Al lado del dolor y de las lágrimas, tambien puede aparecer una sonrisa... un consuelo... (A los presos.) Ved! Yo encuentro el cariño de una hermana, el santo amor de una madre, y vuestra estimacion!

JUL. Estamos perdidos!

CAT. Todos, hija mia!

ROB. Todos! Sí! Todos sereis castigados! Todos pagareis con la vida vuestra estúpida ceguedad, y vuestro necio orgullo!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. — GASPAR .— BELTRAN. — GRABALOTTE. SOLDADOS.—GUARDIAS y PUEBLO ARMADO.

(Gaspar se presenta en lo alto de la escalinata, apoyado en Jorge y Beltran; éste trae una bandera republicana con una inscripcion que diga: «4 de Setiembre de 1870.» Antes de la salida de estos, se habrá dejado ver en el patio del fondo gran movimiento de soldados, hasta que al llegar la salida, la Guardia móvil lo invade todo, arrollando á los soldados gendarmes. Se oye fuera rumor de voces, cañonazos y toques de campana, hasta el final del acto, pero tan confuso, que no interrumpa en nada

la representacion. Todo ello con un «desórden ordenado,» sin confusion y sin estruendo)

GASP. (Desde la escalinata.) Mientes, primo mio!!

TODOS. Gaspar!

ROB. (Aterrado.) Oh!

GASP. Tú serás el que dando cuenta ante los hombres de tantas infamias y tantos crímenes, volverás á darlas tambien al Creador! (Todos han ido bajando al proscenio. Grabalote se ha llegado á colocar detrás de Roberto. Este hace un movimiento como para ir sobre Gaspar. Grabalotte le sujeta)

GRAB. Quieto, amigo mio! Quieto! Ahora me toca á mí pagaros todas vuestras confianzas! (Al pueblo) Ciudadanos! Castiguemos al miserable calumniador de la honrada familia Bernad, y salvemos á sus víctimas!

PUEBLO. Sí!! Sí!!

ROB. Comprendo! Quereis asesinarme?

GRAB. Os engañais!! Nosotros no sabemos ser verdugos: el Consejo será quien os juzgue!! Llevadle. (Los guardias le conducen violentamente por el foro.)

UNA VOZ. (Dentro.) Viva el Gobierno de la defensa nacional!

TODOS. Viva!

CAT. Gaspar!

LUISA. Jorge! (Luisa y Jorge forman un grupo á la izquierda. Catalina, Julia y Gaspar, otro á la derecha. Beltran en segundo término en el centro. Grabalotte, va, viene, sube y baja, expresando á unos y á otros su contento.)

JORGE. Luisa mia!

GASP. Julia! Hé aquí á vuestro libertador. (Señalando á Beltran.)

JUL. (Con rubor.) Beltran!... Lo que hubiérais encontrado en mí por obediencia, por deber, hoy os lo concedo por gratitud, por amor.... Aceptais? (Presentándole su mano.)

BELT. (Besándosela.) Y cómo no, si os adoro? (Catalina abraza á Julia, Beltran á Gaspar. Este se dirige á Luisa.)

GASP. Señorita; no os olvideis, en medio de tanta feli-

cidad, de este pobre viejo que os ha querido y os quiere como á hija!

LUISA. Nunca olvidaremos á la familia que nos amparó en la desgracia, y que ha estado próxima á sucumbir mártir de su abnegacion; siempre recordaré con orgullo que he sido y soy la hija adoptiva del hombre del pueblo. (Jorge y Luisa abrazan á Gaspar; Catalina y Julia se los unen; todos se abrazan. Grabalotte salta de alegría.)

GRAB. Bravo! Bien! Viva! Y para mí, señor Gaspar, no hay un abrazo?...

GASP. (Con efusion) Y ciento, y mil! Cómo no, si has contribuido tanto al triunfo de nuestra causa?

GRAB. Lo que es mi amigo... ya me ha pagado todas sus confianzas! Estoy satisfecho. Me parece que no he hecho mal el papel de polizonte; pero á pesar de todo, renuncio al honor de encontrarme entre aquellos señores, y vuelvo á mi antigua ocupacion de vender y propagar noticias. Con cuánto placer y alegría gritaré dentro de poco: «El extraordinario con el triunfo del pueblo por el pueblo y para el pueblo.» Ciudadanos, viva la libertad!!

TODOS. Viva!!

FIN DE LA OBRA.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de la Sra. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones. sín cuyo requisito no serán servidos.

Precio, DOS pesetas.